

ALBERTO DEL SOLAR

HUINCAHUAL

NARRACIÓN ARAUCANA

PARÍS

PEDRO ROSELLI, EDITOR

41, CALLE DEL ECHIQUIER, 41

M DCCC LXXX VIII

HUINCAHUAL

PARÍS. — IMPRINTA CHAIX, 20, CALLE BERGÈRE

DEDICATORIA

A José Toribio Medina :

Debo la composición de esta leyenda en gran parte á la lectura de su hermoso libro titulado *los Aborígenes de Chile*.

Muchos de los datos que sobre las costumbres, historia y tradiciones de los indios del Arauco encuentre el lector, disfrazados y dispersos, en estas páginas, los hallé yo, ordenados y precisos, en los capítulos admirables de su obra, preciosa para los eruditos del mundo entero, fuente vasta y segura de información y

de criterio para todo joven amante del estudio.

¿Á quién, pues, sino á Usted he de dedicar este ensayo?

Acéptelo, por tanto, con el recuerdo que desde tan lejos quiere en él enviarle su antiguo compañero de ocasión, discípulo hoy de muchas horas y amigo sincero de siempre,

EL AUTOR.

Cannes, 15 de marzo de 1888.

HUINCAHUAL

I

EL ASALTO

El soplo helado del Puelche¹ riza las aguas azules del lago Lauquén, á cuyas orillas se alza orgullosa la noble y gentil Villa-Rica.

Á lo lejos, en el fondo, allá sobre las cimas más elevadas de las nieves eternas de la Cordillera, dominándolo todo, como señor y dueño de la opulenta región que se extiende á sus pies, el Volcán, imponente, ma-

1. Viento de la Cordillera.

jestuoso en su salvaje grandiosidad, levanta su frente iluminada por los últimos rayos del sol y hunde entre nubes encendidas las espirales negras y espesas de su gigantesco penacho de vapores.

Villa-Rica, la poderosa fortaleza castellana, asombro y terror de toda la comarca desde el *Mauilin* al *Limay*, desde el *Pilmaiquén* al *Calle-Calle*, parece, mirada desde afuera, reposar tranquila y ajena por entonces de todo aparato de guerra.

El toque de ánimas acaba de sonar en el campanario de la iglesia, y los primeros fieles acuden ya á la oración de la tarde.

Ese día, las preces cotidianas han de ser aun más fervientes; pues corre el rumor funesto de que un ejército de indios, que merodean por los alrededores repartiendo sus hordas salvajes en grupos numerosos que se extienden desde Osorno á la Imperial, se prepara á caer de un momento á otro sobre la ciudad. Valiéndose de la ausencia casual

de una gran parte de las fuerzas castellanas que expedicionan por otro lado, esos indios se han propuesto asaltar la plaza, atacándola por sorpresa, para saquear los bienes de sus habitantes, recoger sus cosechas y violar á sus mujeres. El rapto, el asesinato y el incendio serán, en tal caso, las consecuencias del golpe alevoso.

Entre bosques de verdura y esplendores de la más lujosa vegetación, sobre la falda de la colina, recostada, como perezosa odalisca, se ve la ciudad con sus fuertes, sus casas y sus cuarteles; sus campanarios y sus tiendas; sus chozas y sus ranchos, tejidos con ramas del monte, unas verdes, otras secas y amarillas, otras opacas, color de canela. otras

blanquizas ó plomizas; todo como musgo y oro, claro, vivo, perfilado bajo la roja luz del sol poniente y la brillantez del lago con el río y su cascada.

A ambos extremos de la población yace la pradera, ancha y extendida, en la cual pacen los ovejas y las vacas de los encomenderos, apiñadas ó sueltas aquí y allá en manadas ó grupos, parejas ó hileras caprichosas.

María, la rubia « Mariquina », la más pura y bella flor de la colonia, más confiada que las otras castellanas, va del huerto á la pradera y de la pradera al huerto llevando sobre su falda un cesto de flores.

Piensa tejer con ellas una guirnalda para ofrecerla á su novio ausente, el valeroso teniente Gil Rodríguez, que dos días después ha de volver con las fuerzas victoriosas que expedicionan contra el enemigo araucano.

Gil aguarda solamente obtener el grado de capitán, que habrán de conquistarle en

breve su valor y su patriotismo, para ofrecer su mano á su gentil prometida. La última acción de guerra le ha dado oportunidad de distinguirse ; por lo cual el comandante de la plaza fuerte le tiene ya inscrito en la lista de los bravos.

Atrasada está Marica, y el último toque de la campana de la iglesia no la hallará, seguramente, lista para acudir al rezo de costumbre. Por eso se da prisa y, acelerando el paso, cierra la reja del huerto tras de sí, y encaminándose presurosa hacia su casa, se alista para dirigirse al templo.

* * *

Tres horas más tarde, la ciudad descansa en calma.

Súbitamente, afuera, á lo lejos, más allá de los últimos muros que limitan los barrios habitados, por en medio del agreste camino que conduce á la montaña, una densa polvareda que se confunde con la oscuridad de la noche crece y se condensa y va como aproximándose vagamente hacia la villa.

Y un momento después, se oye á lo lejos un rumor, un clamoreo sordo que resuena diez cuabras á la redonda, se esparce y cunde y llega hasta la fortaleza cercana.

Y entonces, dentro de la villa, otro clamor, que es como un eco perdido de la voz de alarma, denota que la población se despierta alborotada.

— ¡ Los indios !

La predicción funesta no se ha hecho, por lo visto, esperar; antes bien ha sorprendido desapercibidos á los confiados habitantes de la colonia.

Las campanas tocan á vuelo con ecos dolientes como quejidos, con vibraciones des-

templadas y broncas como fúnebres voces de desolación y de muerte. Y, en su lenguaje simbólico y constante, parecen repetir con los azorados habitantes :

— ¡Los indios ! ¡Los indios allí !...

Las puertas de las casas se cierran con sobresalto ; tápianse precipitadamente las rejas ; corren los hombres á sus puestos ; ármanse los más robustos de hachas, sables y cuchillos, y los pocos que no son soldados y poseen un fusil ó un arcabuz aprestan el polvorín que para el caso desentierran de su escondrijo y atacan á bala forzada el mortífero cañón. ‘

Entre tanto en los fuertes, los hombres de guerra se atropellan y atolondran desconcertándose en su funesta precipitación ; los estampidos rasgan el aire, y el eco de parches y clarines que tocan á generala se mezcla al desconcierto general.

Pero ¡ay ! que todo es inútil. Tarde viene, en verdad, tanto aparato de fuerza y alerta.

El indio feroz pasó ya el estero á nado, y, ordenándose á las puertas mismas de la villa, aprovechóse de la oscuridad de la noche para dejarse caer impetuoso, un instante después, sobre la ciudad dormida.

El mismo clamoreo, ya muy cercano, y el eco de los cascos de un tropel de caballos desbocados se mezclan á trechos con el grito horrible, destemplado, del salvaje *chivateo* de los jinetes, ansiosos de botín, rabiosos de venganza, llegando ya hasta el corazón mismo del pueblo y llenándolo de terror y de espanto.

No hay tiempo para más...

Dando vueltas como arrasadora tromba, la avalancha feroz de desalmados avanza y cae sobre la campiña y el caserío, invadiéndolo todo con estrepitosa algazara.

— ¡*Malghén!* ¡*Malghén-huinca!*...

¡Mujeres, mujeres españolas! quiere decir ese grito de guerra.

— ¡*Malghén-huinca!* ¡*quetal!*

¡Mujeres, fuego, venganza! ¡á eso ha venido!...

Y la turba de salteadores, blandiendo con puño feroz picas y mazas, porras y macanas con que mata y atropella, roba y asuela; se retuerce, ondea, asalta, y, desplegándose desordenadamente en líneas dilatadas, se enrolla sobre su presa, estrechando más y más sus miembros poderosos hasta dejarla sofocada y deshecha...

*
* *

El asalto dura toda la noche.

Al amanecer del día siguiente el indio se repliega sobre los afueras de la aldea, y siu regularizarse en formación unida emprende rápidamente la retirada hacia sus tierras apartadas, alejándose más y más entre la polvareda del camino de la altura y

perdiéndose poco después en los recodos de las colinas hasta hacerse del todo invisible...

Y en el pueblo, convertido en una inmensa hecatombe, todo queda entonces en silencio...

De entre los escombros y hacinadas ruinas surgen de trecho en trecho llamarajos moribundos, vacilantes, medio extinguidos ya, como si el cansancio de toda una noche de orgía y de pillaje, durante la cual han debido alimentar el incendio y la muerte, les hubiera por fin extenuado, agotando sus últimas fuerzas...

¡Qué horroroso espectáculo! Aquí y allí, cadáveres carbonizados, horriblemente desfigurados por el fuego y el cuchillo; más allá restos de ropajes, muebles y utensilios de casa; trazas de sangre; armas rotas, súbitamente enmohecidas por el agua y el fuego; pedazos de botellas ó frascos reventados; trozos de armazones de tiendas y almacenes; muros derribados; colchones; sillas, mesas

desfondadas : ¡ por todas partes destrucción y desorden ! De cuando en cuando se escucha un quejido ó un lamento entre los escombros de una casa destruída ó tras de una tapia á medio destrozarse...

Y en la casita verde, en donde la tarde anterior la rubia y gentil niña española cogía las flores de su jardín... ¡ soledad, soledad completa y el cadáver de un hombre sobre el umbral!...

Es que Mariquina, aunque huérfana, tenía, á más de su amante, un hermano querido : su hermano Julián, el celoso protector de su inocencia, el excelente compañero de su vida, « el valiente Julián »...

¡ En lucha sangrienta y desesperada, combatiendo cuerpo á cuerpo, solo contra diez, primero dentro de su casita, después en el huerto, por fin en la ramada verde junto á la reja de la pradera ; arrastrado más y más, aturdido por los golpes del coloso feroz, el heroico mozo fué vencido allí, y sucumbió

por fin, abandonando sólo entonces de entre sus crispados brazos el cuerpo desmayado de su dulce hermana !

¡Y Mariquina, « la flor de Villa-Rica », víctima del malón, fué llevada después á la grupa, atravesada como fardo sobre los cueros de la montura de su salvaje raptor, el terrible Huincahual, hijo del toquí Paillamachú, caudillo y señor de cien legiones de Huiliches con sus bienes, caciques y vasallos !...

I

EN LOS TOLDOS

Han transcurrido tres años. Nos hallamos *en* el interior de las comarcas araucanas. En los toldos del indio reinan fiesta, animación y regocijo. . .

Huincahual y María, rodeados de una muchedumbre afanosa, parecen ser el objeto de las manifestaciones generales.

.

Era un día de verano, uno de esos días puros, tibios, perfumados del *Avun-cuyen* (el mes de las frutas), límpidos, ideales, que son el privilegio de aquella espléndida y maravillosa región austral, con justicia

llamada « la Perla del Sur » por los primeros conquistadores del nuevo mundo.

El señor de la comarca, el hermoso y bizarro Huincahual, constituido en *Toqui Guilmen* (cacique que dispone), por virtud de su pujanza y valentía en la lid contra el enemigo *huinca* y, por el poder de su brazo, vencedor en las pruebas de vigor y de esfuerzo á que había sido sometido después de la muerte de su padre, asumía el gobierno de los destinos de su pueblo esa mañana de regocijo general.

Y por eso en los toldos del joven elegido resonaban en aquellos momentos las pifulcas y tambores, los pífanos y timbales, á la vez que en círculos variados de la ranchería, el estruendo de la danza y del torneo, la *chueca* y el *maumillán*, animados por los gritos y las libaciones de los concurrentes, se mezclaban á la algazara indefinible de aquel jolgorio salvaje.

El aspecto turbulento y confuso del cua-

dro contrastaba, por tanto, singularmente con la serenidad luminosa del paisaje que le servía de marco.

¡Nada más suave y poético y al mismo tiempo grandioso que aquel apartado rincón del universo, digno de que hubiera hallado en él su encantadora inspiración el soñador que imaginó el mito sublime de un paraíso creado por la mano de Dios y colocado acá en la tierra al alcance profano del hombre!...

En medio de una verdadera orgía de plantas y flores brillan, serpenteando, las aguas claras y dulcísimas de mil arroyos que desde lo alto de la montaña en donde nacieron han venido hasta el fondo del valle saltando y despeñándose por las faldas de los cerros; jugueteando y rompiéndose entrecortados en pequeñas cascadas, hirvientes y sonoras, como las cataratas de los grandes ríos.

Allá arriba, entre las hielos eternos de la cumbre que se funden al calor del sol, brø-

taron éstos á su vez, brotaron poco á poco y lanzáronse después en esteros y torrentes, igualmente cristalinos al principio, pero enturbiados más tarde por el desgaste lento de su seno y sus orillas...

Y una vez abajo, en la llanura, convertidos ya en anchos y copiosos raudales, se deslizan rugiendo entre bosques de manzanos, cuyos frutos, colgados á las ramas, despréndense al impulso de la corriente, que en su turbulento cauce así se lleva consigo las chozas y los troncos de los árboles más fornidos como los guijarros y las hierbas, las flores y los granos de oro que el roce continuo de las aguas arranca á las entrañas de la roca...

Entre dos cadenas de montañas, una de las cuales destaca sobre el azul profundo del cielo los ángulos y arietes dentellados de sus cimas coronadas de nieve, blancas, reverberantes bajo los rayos del sol siempre fulgente en esa estación dulcísima del *Peugén* (el

verano de los indios, los campos, cubiertos de una vegetación primorosa, son como el solio magnífico en donde reinan á porfía los ejemplares más exquisitos de la exuberante flora de los Andes : bosques inmensos de araucarias, cuyos copos, suspendidos en lo alto de sus tallos enhiestos y agigantados, todo lo dominan; selvas de *maitenes* y *arruyanes*; *muermos* y robustas *lumas*; *huiniques*, *lliclas* seculares, *reulis*, *coligües*, que crecen allí profusamente, alimentados por el aire salvaje y vigoroso de la montaña.

Los árboles frutales, arbustos y enredaderas prestan á la brisa sus perfumes : y á la orilla de los ríos, los lagos y los torrentes, como al borde mismo de la mar sonora sobre cuyas playas inclinan su esplendoroso ramaje, alternan ó confunden todavía en delicioso conjunto aroma y colores : el rojo encendido de las *murtas* y *copigües*, con el verde aterciopelado de los musgos y las hierbas acuáticas; las fragancias lascivas de

la selva con las emanaciones salinas y vivificantes del océano, cuyas olas revientan con fragor contra las rocas erizadas de la orilla.

*
* * *

Allí, en medio de todo ese lujo de la naturaleza, había vivido prisionera hasta entonces la hermosa castellana, robada al hogar y al cariño de los suyos en la noche memorable del asalto que tres años antes devastara las colonias de los huincas, destruyendo sucesivamente Villa-Rica, Osornoy la Imperial. Allí se había resignado, por fin, á permanecer, quizás para siempre, soportando con valor su cautiverio, después de haber agotado inútilmente sus más fervientes ruegos para obtener de su desapiadado raptor la perdida libertad.

Mil veces ; pobre María! había debido en-

jugar las lágrimas amargas arrancadas á su dolor, cansada ya de llorar y desesperarse, extenuada por angustias y crueles decepciones.

La muerte de su hermano, la pérdida de sus ilusiones de niña, arrebatadas brutalmente en un día fatal, habían cortado para siempre sus horas de felicidad, como troncha de un solo golpe la hoz del segador el frágil tallo de una espiga que florece á la luz del sol...

¡Pobre María! ¡Cuántas veces, en medio de momentos de dolorosa angustia, pronunciaba delirante los dos nombres queridos que hasta entonces habían simbolizado para ella su existencia entera : Julián y Gil Rodríguez, su hermano idolatrado el uno, el otro su fiel é inolvidable amante!...

La conciencia del amor profundo, traducido en las más salvajes manifestaciones de licenciosa pasión, que desde un principio había inspirado al indio, no fué parte sino á

afianzar a fin en su ánimo la certeza que desde entonces, y para siempre en adelante, abrigó de que su martirio sería ya sin fin.

Al principio trató de resistir; pero inútilmente. ¡Tanto hubiera dado, en las circunstancias en que se encontraba, querer enfrenar con sus débiles manos la explosión violenta del volcán vecino, cuyos resplandores y encendidas lavas miraba estallar y enrojecer el cielo durante sus noches de insomnio, desde su lecho de pajas y pellones en el fondo de su choza miserable!...

Y sin embargo, Mariquina era la reina de aquellas comarcas con sus lagos y sus selvas, sus ríos y sus montes.

Huincahual, ántes de subir al poder, la había declarado ya su esposa, y designado á la faz de sus vasallos como « la predilecta del primogénito del Toquí, su señor ».

María había comprendido, pues, al fin que sus penas no tendrían ya remedio.

Perdidas su honra y libertad, destinada

á vivir constantemente en el poder de un tirano que, aunque amante á su manera, era para ella odioso y feroz, no le quedaba otro recurso que resignarse al rigor de su destino y tratar de hacer su vida lo más llevadera posible.

María había sido siempre piadosa. Huérfana desde muy joven, su buen hermano Julián había querido encargarse de su educación, y, á fuer de buen cristiano y buen hijo de Castilla, había comprendido que el amor á Dios y á la patria son para todo corazón noble la letra primera y principal del abecedario de la virtud.

Por eso, María había empezado por ser buena hija de Dios antes de ser excelente hermana de los castellanos. El nombre del Todopoderoso se albergaba en su alma, y el de su patria en su corazón.

Pero ¡ay! ¿de qué le servirían ya tales prendas no comprendidas por los bárbaros entre quienes se encontraba?

María lo juzgó así al cabo de cierto tiempo y perdió por entonces toda esperanza.

Entregada en un principio únicamente á la oración y al llanto, durante largos meses no pudo mirar sin horror los deberes que su forzada condición le imponía. Los transportes de su bárbaro poseedor la horrorizaban relegándola á sus propios ojos al rango de un instrumento vil de salvaje concupiscencia... ;Y entonces María pedía á Dios que le diese la muerte para libertarla de tan terrible martirio !

Pero Huincahual no daba lugar á que su esposa (su dulce *malghén*, como la llamaba) se quedase á solas con su dolor y desesperación. Vigilarla constantemente era su mayor cuidado; no perderla de vista un segundo...

MALGHÉN

Así pasáronse dos años, al cabo de los cuales dió María á luz un hijo.

Fatigada, abatida, destrozada casi por los sufrimientos y las emociones de su vida de mártir, la cautiva había concluído por habituarse á su suerte.

Un descaecimiento completo, una intensa lassitud habían sucedido al terror y á la vana y constante lucha contra la desesperación.

La venida de su hijo al mundo fue, por consiguiente, para ella como la aparición de

un rayo de luz, tibio y risueño en medio del caos y la atmósfera velada de abandono en que se envolvía su existencia, siempre igual, siempre amarga, siempre oprimida y contrariada...

¡Un hijo!... todos los sentimientos de ternura que cual otras tantas voces secretas dormían en el fondo del corazón virgen de la joven parecieron despertarse súbitamente al eco del primer grito de aquel pobre ser desnudo é informe aún, nacido en medio de la barbarie y la miseria y que, aunque fruto de una unión odiosa y rechazada en rigor por la misma naturaleza, era y debía ser considerado por la madre como el hijo de sus entrañas...

La naturaleza, por tanto, no había querido esterilizar esa unión, unión desigual, absurda en su origen, como lo habría sido la de dos seres de distinta especie; no la había reprobado siquiera marcándola en su producto con el sello de la infamia por me-

dio de cualidades físicas sobrenaturales y monstruosas : no, nada de eso ; antes bien, como por una ironía incomprensible de sus designios caprichosos, había parecido complacerse en dotarle (en cuanto era posible juzgarlo aún) de belleza y robustez, lozania y vitalidad... Mezcla heterogénea de dos razas opuestas, el recién nacido denotaba también la amalgama misteriosa de dos tipos contrarios fundidos en uno solo : el blanco rubio de María con el moreno cobrizo del indio, que daban á la piel del pequeñuelo ese tono mixto y templado del *mestizo*, tan difícil de combinar en la paleta del pintor.

.
¿Cuáles serían los dones intelectuales del recién nacido? ¿Cuáles, las facultades de su alma?...

En la fusión de dos esencias distintas, lo físico quedaba á la vista ; pero, ¿y lo moral? ¿quién habría podido adivinarlo y predecirlo?...

Si en el hombre existen las herencias de la sangre y de la leche, como existen en el bruto los influjos del instinto, ¿cuáles serían la índole, el carácter, los sentimientos de aquella criatura, una vez que su cuerpo y su espíritu hubiesen llegado ya á su completo desarrollo, si, separada en edad temprana de la influencia saludable de la madre, se hubiera de dejarla abandonada á sus propias inclinaciones, en medio de los bárbaros? ¿Hacia qué lado se inclinaría su índole en algún momento futuro de prueba? ¿Residiría acaso en aquella porción de su alma que necesariamente había de deber á la mujer que durante nueve meses le llevara en su seno, cualquiera tendencia capaz de impulsarle por el camino de la nobleza y la elevación de sentimientos?...

Todas esas ideas preocuparon a la pobre enferma durante horas de febril excitación.

Como si un presentimiento fatal la hubiera acometido de repente, sus ojos bus-

caban con afán y á cada instante á su hijo, y un observador atento hubiera advertido en su semblante señales manifiestas de sobresalto constante.

¡Pobre María!... En vez de aquella suave languidez, dulce instante en que el reposo del cuerpo y la serenidad del alma suceden al intenso sufrir para apoderarse de la que acaba de ver coronado su martirio por la radiosa aureola de la maternidad, su espíritu pareció abatirse tras de mil zozobras funestas que la torturaron cruelmente.

En el recinto de la ruca no había quietud y silencio como al rededor del lecho de la enferma que ve á su cabecera la fisonomía afanosa de una madre y escucha de sus labios palabras cariñosas de aliento y de consuelo. Veinte indios, por el contrario, pululaban por allí : siempre los mismos, parientes ó amigos, con su algazara y su barbarie, sus demostraciones bulliciosas y salvajes de animación desenfrenada, sus res-

tros encendidos por el alcohol y el exceso; señales todas inequívocas de insigne regocijo por el nacimiento del vástago de Huincahual.

El esposo velaba también y sonreía incesantemente, como si su triunfo le llenara de orgullo y de satisfacción... De cuando en cuando dirigía la palabra á la paciente, que no podía siquiera escucharle, atormentada por el ardor de la fiebre que parecía consumirla. Á veces, sin embargo, accediendo á sus deseos, hacía Huincahual salir de la ruca á la gente y quedábase solo, cerca de la malghén, contemplándola con insistencia, absorto en una profunda meditación y tal que la llegada de la aurora solía sorprenderle recostado aún en el mismo sitio, adormecido como un perro al pie del lecho de totora...



Cuando la crisis hubo terminado del todo, se levantó María.

Desvanecidos ya sus temores, recobradas un tanto sus fuerzas, los primeros regocijos de la madre comenzaron á reemplazar á los sufrimientos y á las angustias de las horas de fiebre... Sus instintos, sus afectos; sus pasiones todas, contenidas y como aprisionadas durante tanto tiempo; esterilizadas, por decirlo así, en el fondo de su alma, ya que, perdida su ilusión primera, ningún objeto exterior digno de inspirar los unos y alimentar las otras habíase presentado después á darles ocasión de manifestarse, parecieron tomar de nuevo vida y concentrarse en su hijo, á cuyo cuidado y cariño se prometió dedicar, en adelante, todos los instantes de su vida...

Bautizado por ella, el recién nacido recibió el nombre de Julián, en memoria del hermano heroico sacrificado bárbaramente por el odioso raptor, el día del asalto...

Algún tiempo transcurrió así, durante el cual la cautiva siguió con tierno interés y solicitud, día por día, hora por hora, el curso de la existencia de su hijo, supliendo personalmente á su alimentación, previniendo los peligros que ella suponía inherentes á las circunstancias extraordinarias en que el niño había nacido: la desnudez de la habitación en que vivía, el influjo, de seguro inevitable, de las costumbres desatinadas de los indios y otros mil inconvenientes que á menudo amargaron su dicha, si dicha podía llamarse aquel estado de conformidad ó de resignación forzosa á que la obligaba su carácter de cautiva.

Pero todos sus temores resultaron infundados, que de ninguna de esas precauciones hubo menester el desarrollo de aquel

vástago salvaje, nacido en las selvas del Arauco y semejante en sus condiciones al fruto robusto de las plantas arborescentes de sus valles, brotadas allí libremente y alimentadas, sin ayuda ni amparo del hombre, por solo el calor y la brisa de sus senos fecundos.

Con tierno afán observó, sin embargo, la madre las primeras necesidades de la criatura, deleitándose en admirar sus adelantos, corrigiendo sus pequeños caprichos y educando sus instintos.

En ocasiones solía pasarse horas enteras contemplándole en su rústica cuna, mientras el chicuelo dormía apaciblemente, respirando con dulzura en aquel primer soplo de la vida que algún poeta ha comparado al aliento embalsamado de una flor... Otras veces, manteníale sobre sus rodillas, jugando con una de sus manecitas, delicadas y suaves como las alas de una paloma, mirándole sonreír y sintiéndose feliz con sólo

ver alzar hacia ella aquella mirada inocente, pura y serena, que parecía sonreírle también...



Un día en que, como de costumbre, se hallaba en la choza con su hijo sobre sus rodillas, entregada á sus ideas, mustia y silenciosa, admirando el panorama de la Cordillera y las selvas, se sorprendió súbitamente, al volver la cabeza, de ver que Huincahual, de pie en el umbral de la habitación, apoyado contra el muro de coligüe y paja de la ruca, parecía observarla atentamente.

Contrariada, hizo un gesto de impaciencia, y dirigiéndose al importuno :

— ¡Siempre lo mismo! exclamó con aspereza: ¡por todas partes espías vigilantes; ¿Cuándo acabará este suplicio?

— ¿Me aborreces mucho, malghén? preguntó el indio dulcemente, mirándola con singular expresión de ternura y avanzando tímidamente hacia ella.

La joven retrocedió instintivamente, hizo un movimiento de sorpresa y miró al rededor de sí con marcada señal de temor...

¿Qué podía significar tan inusitada actitud de parte de Huincahual? ;El tirano feroz, de ordinario brusco y brutal, se revestía de repente de un ropaje de dulzura y de suavidad inexplicables!

Y sin saber por qué, María se estremeció á pesar suyo y dirigió maquinalmente la vista hacia la puerta de la choza, al mismo tiempo que en un arranque instintivo de inquietud y desconfianza estrechó contra su pecho el cuerpo de su hijo.

La súbita expresión de bondad con que por vez primera se presentaba ante sus ojos el árbitro terrible de su vida la inquietaba, sin duda más aún, en aquellos momentos,

que cualquiera de sus acostumbrados actos de violencia y de cólera ó de mutismo y sombrío ensimismamiento. ¡Ay! (y bien lo sabía por triste experiencia la hermosa cautiva de aquellas selvas) más era habitualmente también de temerse para la hora del deshielo el ímpetu y furor de la creciente venidera, cuanto fuera más intenso el frío que allá en lo alto de la montaña mantuviera por breve tiempo congelado y retenido el torrente de sus aguas, engañosas y serenas abajo entre tanto...

Recobrando, sin embargo, el dominio de sí misma, un instante perdido, replicó con entereza en un arranque de indignación :

—¡ Sí, tirano, sí, aborrezco en ti al asesino de mi hermano, al enemigo de mi patria y al ladrón de mi honra y de mi felicidad!

Huincahual, contra lo que hubiera sido de esperarse, no se transportó al oír esta respuesta ; y aunque sus pupilas brillaron un segundo como encendidas con el reflejo de un

relámpago fugaz, sus labios se desplegaron con una sonrisa amarga, al mismo tiempo que su frente pareció cubrirse de un tinte de tristeza indefinible.

Y, después de un momento de silencio sombrío :

— Eres mala, *Mariña*, replicó con un suspiro. ;Y yo que te amo tanto !

La joven pareció tranquilizarse.

— Y si me amas, observó con desaliento, ¿ por qué no me lo has probado dándome la libertad cuando sin cesar con lágrimas te la he pedido?... ' .

— ;Porque, una vez libre, habrías pertenecido á otros! contestó el indio con acento de salvaje pasión. Porque te habrías ido á vivir con los *huincas*, tus hermanos, á quienes detesto en lo profundo del alma .. Y eso no habría podido ser, *Mariña*, sin que yo hubiera muerto de dolor ó de cólera, añadió con voz sorda y profunda como un eco del Puelche.

¿Cosa extraña!... Huincahual no había hablado nunca así. Huincahual tampoco había llorado jamás. ¿Cómo explicar entonces que, al pronunciar esas palabras, sus ojos pareciesen brillar con una lágrima?

María, turbada, conmovida casi, no pudo retener un movimiento de compasión, y, acercándose al indio :

— ¿Lloras? le preguntó con interés.

Huincahual alzó súbitamente la cabeza.

— ¿Llorar? exclamó fieramente y como herido en su amor propio; ¡llorar yo! ¡Huincahual no llora! añadió con un rugido.

Y luego, sacudiendo su poderosa cabeza como sacudiría un león su melena, alta la frente y con la fisonomía airada :

— ¡Ay de ti! exclamó, ¡ay de ti si hubieras logrado hacer llorar á Huincahual!...

Y, dando una vuelta brusca, se retiró con paso precipitado y salió de la choza...

.

Durante más de diez minutos, pudo María

escuchar desde el interior de la ruca la voz potente del Huiliche, quien, blandiendo con mano firme el nudoso mango de la *chueca*, á cada golpe de su férreo puño enviaba zumbando la bola de piedra por sobre las cabezas de sus contrarios en el juego, como si desde allí quisiese probar con ello á la rebelde cautiva castellana que no podrían contener lágrimas ojos que así formaban parte de tal organismo de coloso.



Á partir de ese día, María quedóse pensativa.

¿Se habría equivocado, quizás, en sus ideas con respecto al carácter y sentimientos del indio ?

En efecto. ¿Acaso no había sorprendido ella en esos mismos ojos una verdadera lá-

grima, lágrima furtiva, pero no por eso menos preciosa ?

Cabrían, por ventura, emoción y sentimiento en el alma de aquel salvaje ? ¿Habría corazón dentro de aquel pecho de roble ?

— ¿Y por qué no ? se dijo un día la joven después de haber meditado largamente sobre el caso.

Entonces, como iluminada con un rayo de esperanza :

— Vamos á saberlo, añadió.

Y salió en busca de Huincahual.



Huincahual estaba en la ranchería ocupado en hacerse aparejar un caballo.

Al ver venir á María, se adelantó á su encuentro y saludóla con bondad.

— *Mari, mari*, malghén, le dijo. (Buenos días, esposa.)

— *Mari, mari*, contestó la joven con expresión de benevolencia.

Y pasando su brazo por la cintura del indio :

— ¿Quieres venir conmigo á la selva? le preguntó. El día está hermoso. El calor es intenso, y aquí en los toldos la atmósfera se siente encendida. Vamos á dar un paseo bajo los árboles.

Huincahual no pudo disimular un movimiento de sorpresa y de placer.

Por vez primera, *Mariña* venía hacia él.

¿Qué podía significar semejante cambio?

Y el indio se inquietó á su vez... y tuvo también desconfianza.

IV

HUENTHU

Era la hora del medio día.

En los toldos, desde donde se encaminaban Huincabual y María, los indios, reunidos en círculos al rededor de sus comidas, cantaban y charlaban.

Echados sobre montones de totoras y pellejos, veíanse hombres medio desnudos, mujeres envueltas en sus *hualalcas* : éstas trabajando en la cocina y en el tejido de los ponchos ; aquéllos merendando y saboreando el *chedcan* y el pan de maíz, su delicioso

pidcu, que con el *gullin* y las *pencas* constituían su mejor regalo.

De cuando en cuando, una libación de aguardiente, repetida con frecuencia, les arrancaba exclamaciones de placer.

Sobre los postes de las *rucas* colgaban los *chamales*, sus mantas multicolores, y en el fondo, en los rincones, arrimadas á la pared y medio encubiertas por pieles de *chilihueques* y *guanacos*, descansaban, como esperando una ocasión propicia para salir á la luz de las batallas, sus armas más usuales: las lanzas, las picas, porras y macanas; uno que otro peto, robado á los huincas y denominado por ellos *thucultucu*; mazas y boleadoras, flechas, arcos y *thananas*, con que en la ocasión irían á campaña ó al asalto contra los odiados tercios castellanos.

El calor afuera era realmente intenso. El *Cogi-cuyen*, mes de febrero, tocaba ya á la mitad de su curso, y las cosechas de los indios habían sido excelentes en aquellos días.

En los campos, comenzaban los primeros brotes de la flor del *rimu*, y las praderas se veían cubiertas de verdura.

Sin embargo, en el llano mismo del potrero ; ni un árbol ni un objeto que diera sombra ! Solamente en la floresta, junto á los cercos, infinidad de hierbas y matas de trébol, *murtas* y arrayanes, crecían con profusión. Un leve soplo de brisa con murmullo de selva y el chirrido continuo de las chicharras eran como una música silvestre que, armonizándose admirablemente con aquel rústico y hermoso escenario, parecían envolver á los hombres y á las cosas en una atmósfera indefinible de dulzura y de sosiego...

Una profusa cantidad de insectos alados saltaban entre la hierba ó revoloteaban de flor en flor pululando por el llano y exhibiendo á la luz del día la variedad kaleidoscópica de sus cambiantes matices, entre los cuales sobresalían el negro y el torna-

sol, el rojo y el anaranjado. Los había también color de topacio y de amatista, con las luces del zafiro y del rubí, y entre los ejemplos más hermosos distinguíanse aquellas lindas mariposas de alas diáfanas y pintadas, con bandas multicolores salpicadas de puntillos como polvo de oro, que, semejantes á otras tantas flores vivientes, siembran por doquiera los campos del Arauco.

Arriba, en el cielo, á la altura de los montes, una bandada de *tiuques* pasaba volando hacia el mar; y en sentido opuesto, hacia la Cordillera, alguno que otro cóndor con sus alas abiertas, inmóviles, como suspendido por virtud de un esfuerzo extraordinario, digno sólo de su rango de monarca de los aires, trazaba un círculo constante sobre las manadas de ganado que pacían silenciosamente en la pradera. De cuando en cuando una bandada de *quiltchurs* solía cruzar también aleteando y graznando sobre las rancherías, con rumbo hacia la selva...



Después de pasar por entre las chozas, cavernas y rucas de los indios, María y Huincahual se dirigieron á paso lento hacia el bosque.

La joven, separada de su compañero por una corta distancia, marchaba adelante.

Llegados á la entrada de la selva, María se detuvo.

Allí, al borde del ribazo del camino, de pie sobre una pequeña eminencia, su silueta delicada se destacaba graciosamente sobre el fondo azul del horizonte, que quedaba descubierto por ese lado entre una choza y una colina distante.

Vestida, como muchas de las indias, con una ligera *hualca* extendida y agrandada con adornos y plumas de colores, llevaba la

cabeza cubierta de *chaquiras*, piedras y cristales, que daban realce á su belleza.

El soplo de la brisa brotado de las montañas vecinas hacía flotar sus cabellos y refrescaba su rostro, medio tostado por el sol y la atmósfera del verano.

Aunque ajena á casi todo lo que se relacionara con las costumbres de los indios, María no había podido sin embargo prescindir de adoptar ciertos usos y maneras, indispensables para vivir entre ellos. Y ese día, resuelta sin duda á agradar á Huincahual, se había ataviado, de intento, según el gusto de su salvaje esposo, con cuantas prendas y joyas debía á su señalada predilección.

María era, en efecto, la preferida del hijo de Paillamachú.

Polígamo, como todos los de su clase, poseía Huincahual otras mujeres; pero eran ésas generalmente desdeñadas por el indio, que no se cuidaba de disimular ante ellas

las particulares y manifiestas distinciones que hacía en obsequio de la *malghén-huinca*.

Esta cicunstancia, como se verá más tarde, había encendido en el alma de las humilladas un odio profundo por la extranjera, alimentado por la envidia y por los celos.

María estaba, pues, hermosísima : hermosa á sabor del indio, especialmente ; su fisonomía un tanto pálida , devorada por dos grandes ojos azules , dilatados por varios años de sufrimientos y ansiedades, se había revestido en aquel momento de un velo de dulce serenidad ; de suerte que, en medio de su expresión general de tristeza, de incertidumbre y de fatiga, la pobre niña mártir había sabido encontrar en la ocasión presente una sonrisa de condescendencia ó de resignación.

Su cabeza era rubia, gentil ; su tez blanca á pesar de la acción del sol ; su perfil purísimo ; su busto suave y delicado.

« María ha nacido para *gobernadora* ó *ade-*

lantada », solía decirse en otro tiempo al verla ya tan hermosa su hermano Julián.

¡Ay! ¡cuántas veces lo había recordado en sus horas de angustia la huérfana infeliz!

Como al través de una visión encantadora, solía en sus sueños divisar aún las casas de su pueblo natal, y sus calles, y su jardín, y sus amigas de la infancia...

En ocasiones, le parecía también entrever á lo lejos los fuertes y el campamento de Villa-Rica con su aparato de fuerza, sus pendones y sus defensas ¡ay! tan inútiles en el momento en que debieron servir para protegerla contra el cautiverio.

Y entonces se imaginaba que atravesaba las calles de la población para divisar á su novio mientras permanecía de guardia en las fortalezas de los afueras del pueblo.

Desde allí, escuchaba el toque lejano de la trompeta, entremezclado al *rataplam* de las cajas que marcaban el compás de la marcha en el ejercicio de los soldados; y

cuando, más tarde, el bizarro teniente volvía á visitarla después de un día entero de vigilancia, gozaba ella con oírle hablar del cuartel y de la compañía, de la instrucción y los pabellones de arcabuces; del santo y seña y la orden del día; del cuerpo de guardia y las centinelas nocturnas; del «¿quién vive?», la diana y el toque de silencio.

¡Cuán distante estaba ya todo eso!..

* * *

— ¿Por qué odias á los huincas, mis hermanos? preguntó la castellana al indio, que se había quedado á su lado, mientras ella tomaba asiento sobre la hierba, al pie del tronco de un canelo.

Huincachual no respondió.

Lo inesperado de la pregunta lo había tur-

bado sin duda tanto como la súbita aparición de la joven en el momento en que se presentara en medio de su gente, para invitarle en presencia de todos, en plena ranchería, á dar un paseo por la selva.

Y á la verdad que tal acontecimiento debía de ocupar en esos mismos instantes la atención de los moradores de los toldos y ser el tema de mil observaciones y contradictorias conjeturas. ;La huinca rebelde se había rendido por fin! ;El cacique Huincahual triunfaba enhorabuena de los dñsdenes de la hermosa !... ;Gloria á Huincahual!

Y los indios, con tal motivo, deberían, sin duda, entregarse, en esta ocasión, á todo género de transportes, traducidos en cientos de libaciones repetidas sin cesar...

El Huiliche, por tanto, quedóse sorprendido y como desconcertado por la dulzura del tono de la joven, que, alzando hacia él sus grandes ojos azules, miróle un momento tristemente.

Después de un corto silencio, durante el cual esperó en vano una respuesta :

— *Huenthu*, prosiguió María, contesta á mi pregunta; ¿por qué los odias, *Huenthu*?....

¡ *Huenthu*, había dicho la niña! ¡ *huenthu*, que quería decir : esposo!...

El semblante del indio se iluminó por entero al escuchar la mágica palabra, y sus ojos, tomando una expresión súbita de indecible júbilo feroz, brillaron como en otra ocasión con un punto de luz, como si una chispa se hubiera ençendido en ellos.

— ¡ Ah, *malghén*! exclamó juntando las manos y elevándolas inconscientemente hacia el cielo. ¡ Gracias, *malghén*! ¡ eres buena!

Y en seguida, dejándose caer sobre la hierba, inclinó su cabeza sobre la falda de la joven y cubrióle de besos las rodillas y los brazos, el talle, el cuello, la frente, en medio de locos transportes de alegría salvaje.

María se sintió conmovida.

Por vez primera pensó que tal vez había

sido injusta con aquel infeliz, en quien, á pesar suyo, había inspirado (bien lo comprendía en esos momentos) una verdadera é intensísima pasión ; pasión de bárbaro, pasión inmensa que debía ser tanto más terrible cuanto había sido hasta entonces fatal y desdenada.

¡Sí, sin duda alguna : dentro de aquel pecho de bronce latía un corazón ; un corazón capaz de amar y de sentir ; un alma susceptible de comprender lo bueno y adorar lo bello !...

La prueba intentada por la cautiva, ya casi desilusionada, había surtido, por tanto, buen efecto. La dulzura, la paciencia y la bondad lograrían, mucho antes que los desdenes y el rigor, doblar aquella voluntad de hierro, dominar aquella naturaleza montañesa é inculta.

María pensó que sería inútil esperar otra cosa. Soñar con su libertad habría sido en verdad una quimera : su suerte quedaba

ya trazada en el libro de los humanos destinos. Si un hado fatal la había lanzado en aquel precipicio sin salida quebrantando con un solo y rudo golpe sus ensueños de niña y sus aspiraciones de mujer civilizada, la mano de Dios, como para mitigar en parte los sufrimientos de su existencia mártir, y darle, al mismo tiempo, ocasión de merecer una compensación futura, había querido colocar, sin duda, en su mente la noble inspiración de una misión cristiana, humanitaria y santa : la conquista de un alma á la fe divina y el cultivo de una inteligencia salvaje á la luz de la civilización...

La joven cautiva realizaría, algún día, semejante ideal, para lo cual habrían de valerle, supliendo á su propia insuficiencia, una voluntad decidida, la influencia ejercida sobre el corazón del indio, y el amparo y la ayuda de Dios...

* * *

— Siéntate á mi lado, prosiguió María dulcificando el tono de su voz. Siéntate á mi lado y conversa un momento conmigo. Es la primera vez que te hablo así, porque es la vez primera, también, que noto en ti un arranque de emoción y de nobleza. ¿Me amas mucho, en verdad, Huincahual?

— ¡*Eluabum ancamo Mariañi!* contestó con pasión el indio. (¡*Habria dado mi vida por el cuerpo de Maria!*)

La castellana, perfectamente versada ya en la hermosa, regular y poética lengua araucana, se expresaba con precisión.

— Puesto que me amas así, repuso ella ¿podrías darme una prueba de ello?...

El indio se puso de pie, como movido por un resorte, y luego, indicando con el

brazo el lado de la Cordillera, respondió con voz grave y como midiendo el alcance de cada expresión :

— Desde lo alto de aquella cumbre en donde mora el *Peuquén*, hasta la orilla del mar, allá al fin del *mapu*¹ de mi padre; la selva, el río, los precipicios, todo lo recorreré solo, día y noche, para traerte, dulce malghén, la piel más hermosa de la más terrible puma de la comarca. Habla, y partiré.

Preciso sería conocer la importancia atribuida por los araucanos á actos semejantes de osadía y atrevimiento, para dar su verdadero valor y proporciones á la enormidad de la prueba ofrecida por el indio á su amaña en las palabras que acababa de pronunciar.

Y para ello sería necesario, ante todo, conocer algunas de las supersticiones de que aquellos salvajes viven llenos.

El *Peuquén* es, para los indios del Arau-

1. La tierra.

co, el genio del mal que habita en las cimas de los montes ó en el fondo de los volcanes; el genio destructor y maleficiente que ataca á la vez que da ojeriza.

Quiere la superstición que el Peuquén haga sus apariciones por las noches en medio de las selvas y riscos de los cerros, en donde durante horas enteras arrasa y derriba, destrozando con el hacha sobrenatural de que siempre va provisto los árboles más añosos, los robles más corpulentos, como si fueran de masa.

Cuando el viento del Puelche ó el *curio* del Huin-cuyen soplan rugiendo por entre los troncos de la selva en mitad de las noches tenebrosas del invierno, el ruido del martilleo llega hasta los toldos, llenando de pavor á los habitantes, que se creen, en tal caso, víctimas de algún maleficio. ¡Ay del que á tal hora salga por la montaña á desafiar al genio del mal! No solamente será hechizado y envenenado con su aliento,

sino que, si por su mal llegara á divisar en lontananza la silueta encorvada y diminuta de su cuerpo de enano, al volver la cabeza para mirarle, escucharía al punto un alarido salvaje que sería como la señal de la maldición ó hechizo, y al mismo tiempo el curioso indiscreto quedaríase allí mismo con la cara torcida durante el resto de sus días...

Eso por lo que toca al Peuquén.

En cuanto á la osadía demostrada por la idea de atacar, solo, á la puma, el león salvaje de la selva, únicamente al esforzado Huincahual, el primero en el manejo de las bolas del *laque*, la *honda* y la flecha, sería dado en la ocasión llevarla al terreno de los hechos...

La oferta del indio debía considerarse, por tanto, como la más elocuente manifestación de su amor por la cautiva.

— Bien está, replicó ésta; bien, Huincahual. Reconozco en tal demostración tu brío y tu valor; pero no es ésa la prueba que

exijo de ti : otra te pediré, más fácil y llana, si bien no menos importante y meritoria.

Y entonces tomando un tono grave :

— Has de amar á los *huincas*, Huenthu, prosiguió, ó cesar por lo menos de ser su enemigo. ¿No sabes, acaso, amigo, que todos en la tierra somos *peñis* (hermanos, semejantes)?...

El ceño del indio se contrajo brusca-mente al escuchar estas palabras. Miró fijamente á la joven, y reteniendo un arranque de cólera :

— ¡ Lo que me pides es imposible! contestó con aspereza...

Y luego, sin dar tiempo á María para proseguir :

— ¡ Amar á los *huincas* ! prorrumpió con acento de odio y repugnancia. ¿ Acaso merecen los *huincas* ser amados ?

— Dios manda que nos amemos los unos á los otros, interrumpió la joven. Y no

ignoras cuán sabio y cuán bueno es Dios; nuestro Dios, que es, como el *Pillán* de tus abuelos, el Ser supremo á quien se venera y por quien tú vives y eres hijo privilegiado de un soberano de tus iguales.

— ¡No! exclamó el indio con fiereza. ¡Vuestro Dios no es el *Pillán*; vuestra religión no es grande como la nuestra! ¡Tus hermanos son malditos, y por eso nuestros padres nos enseñaron á odiarlos y á combatirlos!

Y tal diciendo, alzó el indio la mano, y extendiéndola en dirección á la región del norte, con el puño cerrado, como amenazando á los que cien leguas más allá tras de aquellas selvas seculares moraban invisibles:

— ¡Malditos! prorrumpió en una explosión de ira, violenta como un huracán. ¡Sí! ¡malditos!... Esas tierras eran nuestras; señores de esos valles eran mis antepasados que en la edad antigua, es decir

durante más de mil *lunas* antes de la que alumbró nuestras noches de hoy, las poseyeron.

» Tú no sabes, tal vez, mujer, que mis padres fueron dueños absolutos de esas regiones inmensas... Desde un país apartado que está en otro mapu vinieron los pobladores primeros por el norte con sus recuas y mujeres y fueron poco á poco invadiendo estas comarcas que el Pillán habíales asignado para que las habitaran...

» Mis abuelos aprendieron el caso de los suyos, y éstos de los anteriores. Y así he venido yo á saber por ellos el origen de mi raza y de mis derechos sagrados. ¡No los conoces tú, no los conoces, agregó el salvaje, y por eso, sin duda, los atropellas como todos los tuyos!»

Y con el mismo tono de sinceridad é indignación continuó :

— Voy á imponerte de esas verdades : escúchame, mujer.

María, á quien las palabras del indio comenzaban á interesar verdaderamente, contestó :

— Habla, ya te escucho.

V

LA TRADICIÓN DE LOS PEÑI-EPATUNE

— Eran esos *Peñi-Epatunes* (hombres primitivos), prosiguió Huincahual, unos tranquilos habitantes de las orillas del mar. Moraban en unas islas, unas islas lejanas y numerosas, que en grupos, sartas y collares iban extendiéndose por las aguas hasta unir dos distintas tierras, dos países inmensos como el mismo mar ¹.

1. El Asia y la América. Versión más autorizada sobre la verdad en lo relativo á los aborígenes de la América. Se supone á los tártaros ó á los frisios como á tales.

» Los peñi-epatunes eran viajeros, viajeros constantes, emprendedores, atrevidos y valientes; de modo, que, poco á poco, empujándose más y más hacia el lado por donde se levanta el sol, la invasión dejó atrás las islas y puso al fin el pie en uno de esos países, nuevo para los conquistadores y que al parecer constituía un *mapu* maravilloso, lleno de frutos y pastos, cacería y maíces, que hicieron la delicia de hombres y de bestias.

» Allí se fueron instalando y descendiendo hacia esta parte; hasta que, ya muy numerosos, se enseñorearon en toda la tierra, habitándola durante un número incontable de noches y lunas.

» Un día en que los ganados pacían silenciosamente en las praderas, sintióse en la cima de las montañas llamadas del *Cheg-Cheg* un silbido feroz que repercutió en toda la comarca, y al mismo tiempo apareció sobre la cumbre, euroscándose sobre el pico

más encumbrado de las nieves, una enorme culebra que mis padres denominaron *Cai-Cai-Vilù*.

» Al verla surgir, todos se espantaron; un aullido horrisono de terror resonó en los valles, y el más profundo silencio producido por el espanto siguió á este grito de muerte.

» Entonces la culebra comenzó poco á poco á bajar, y dirigiendo la palabra á los habitantes les anunció que una lluvia copiosísima caería sobre la tierra en torrentes que no cesarían durante *lunas* enteras, añadiendo que los que quisieran salvarse se subieran á la cumbre.

» Unos creyeron, otros no, de modo que cuando desapareció el *Cai-Cai-Vilù*, sólo unos cuantos se hicieron acompañar por sus mujeres é hijos y treparon la montaña, con algún ganado y otros animales que arrebaban adelante.

» La predicción del *Cai-Cai-Vilù* no tardó

en realizarse. Muy poco tiempo después el agua del cielo cayó en abundante caudal y anegó toda la tierra...

» Sólo los que subieron á la montaña se salvaron.

» Los que se quedaron abajo murieron con horribles agonías ¹.

» Á los que se ahogaron, el Cai-Cai-Vilú, que es el Poder opuesto al del Pillán, los convirtió en peces y en monstruos marinos.

» Cuando las aguas bajaron, todo volvió á su estado primitivo, y lo único que arriba quedó como señal de la catástrofe fué un depósito de conchas de mar, que todavía se encuentra sobre las cumbres más elevadas de los montes.

» Los que no murieron perpetuaron, por

1. Idea del diluvio universal entre los indios, transmitida á ellos por tradición y dada á conocer por diversos autores, entre ellos especialmente Pérez García, Córdova y Figueroa y el jesuita Fabres, citados por Medina. Los indios denominan *pachacutu* al diluvio.

consiguiente, nuestra raza y adoraron al Pillán.

» Sus descendientes somos nosotros.

» Muchas lunas (los indios cuentan el tiempo por *lunas y noches*) transcurrieron después; al cabo de las cuales, vinimos los presentes *peñis* al mundo y nos encontramos con que nuestras tierras y riquezas eran ya codiciadas por enemigos extranjeros. »

Y al llegar á este punto Huincahual comenzó á alzar la voz y dar mayor calor á su acento :

— ¡ Esos enémigos eran los huincas!...

— Venían á civilizaros, interrumpió María con viveza.

— ¡ Á robarnos ! exclamó el indio en un arranque de cólera que denotaba el rencor encendido súbitamente por la evocación de un recuerdo. ¡ Á despojarnos de nuestros bienes, á asesinar á nuestros hijos, á arrebatarnos á nuestras mujeres!... ¡ Así fué cómo, atropellándolo todo, fueron poco á

poco enseñoreándose en nuestros dominios y *butanmapus* aquellos bárbaros inhumanos, crueles, codiciosos!...

» El *milla* (oro) á que daban importancia suma, abundaba en nuestras montañas y aun en la arena de nuestros ríos, sin que hasta entonces nosotros nos hubiéramos cuidado siquiera de su efímera existencia. ¿Para qué nos habría servido?

» Al ver llegar, por tanto, á aquellos extranjeros, ansiosos de tan ordinario metal, juzgamos que no había razón para hacerles resistencia y les dejamos hartarse á su sabor de *milla* y siempre *milla*.

» Pero cuando, poco después, observamos que, no contentos con nuestra hospitalidad y tolerancia, comenzaban á abusar de su fuerza y de los instrumentos de muerte que traían consigo, llevando la opresión y la afrenta al seno de nuestros hogares, ¡ah! entonces sentimos encenderse la sangre en nuestras venas al mismo tiempo que el odio

y la venganza empezaron á alentar en nuestros pechos.

» Hasta ese momento, aquellos hombres extranjeros nos habían hablado en nombre de su Dios y de su fe, para lo cual nos enviaban de antemano á otros hombres que decían ser sagrados y á quienes llamaban *misioneros*, ministros de ese Dios... ; Infames!... ¿Cómo podían ser sagrados unos seres corrompidos y perversos que llevaban en sus labios el nombre del Pillán y en el alma la perversidad de *Güecubu*, el espíritu del mal?...

» Los soldados se apoderaban por fuerza de nuestra gente más robusta, y abrumándola con todo género de trabajos insoportables, manejábanla con el látigo como á animales de carga, y hasta los que se decían más encumbrados en rango y jerarquía solían furtivamente deslizarse hasta nuestros ranchos, en donde, abusando de la noche y de la ausencia del esposo ó del padre de fa-

milia, hacian violencia á las mujeres, sin respetar siquiera á las niñas de más tierna edad...

» ;Y en este crimen infame solían ser sorprendidos hasta esos mismos que llamábanse « sagrados » y pretendíanse enviados de su Dios !...

» Durante el día predicaban la dulzura y la continencia; la mansedumbre y la fe; ; y momentos después, cuando creían no ser ya espiados, mostrábanse libertinos y brutales, desalmados y sin conciencia !¹...

» Nuestras mujeres eran esclavas de las de los huincas más soberbios ; muchas de ellas, tratadas como cosas ó animales, eran vendidas á vil precio, de suerte que nuestras chozas estaban frías, abandonadas, tristes. En su interior no había ya lumbre ni teníamos tampoco quien cocinara nuestro alimento ni tendiese nuestros pellejos.

1. El testimonio de Álvarez de Toledo y de Núñez de Pineda demuestra la verdad de tales nechos.

» Nuestras cosechas eran robadas; rra-
sados nuestros ganados, y, por todas partes,
allí en donde los bárbaros habían puesto el
pie, no se veía sino desolación y llanto...

» Nuestras fiestas dejaron de tener lugar
entonces, ¡ nuestra alegría no existía ya !...
nuestros cantos eran tristes; nuestras lá-
grimas amargas. »

.
Y el Huilliche, cuya fisonomía se había ido
sucesivamente animando ó revistiéndose de
una sombra de profunda melancolía mien-
tras adelantaba en las razones que á su ma-
nera especial iba produciendo, inclinó un
instante la cabeza y cortó el hilo de su dis-
curso.

María no había perdido una sola de sus
palabras. Por el contrario, mientras hablaba
el indio, le había observado atentamente,
mirándole con fijeza, como siguiendo en su
semblante la impresión que las ideas expre-
sadas fueran poco á poco reflejando en él...

El bello idioma araucano, ya enérgico y sonoro, ya suave y musical, según fuera el asunto que diera inspiración á la frase, habíale parecido en boca del indio aun más hermoso en esos momentos.

El hijo rústico y nómada de aquellas selvas, despojado por completo de civilización y de cultura, sabía no obstante encontrar calor é inspiración, lógica y raciocinio cuando se trataba de hacer la defensa de sus derechos y la condenación de la injusticia, de la tiranía y de la crueldad...

Un alma revestida de cualidades semejantes debía necesariamente ser susceptible de cultivo; un corazón capaz de amar lo justo y repudiar lo odioso debía también ser capaz de comprender algún día la nobleza y la honradez...

María hubo de entenderlo así, porque, acercándose al indio, tomóle cariñosamente una mano y con voz bondadosa le dijo :

— ¡Vamos, *huenthu*, no te entristezcas!...

Si lo que dices es verdadero, lugar existirá tal vez en tu alma para indignación y queja, pero nunca para odio y venganza...

» Eres bueno, Huincahual ; tienes sentimientos nobles y corazón honrado. Mira: desde hoy estoy dispuesta á olvidar lo que me has hecho sufrir, y si quieres seguirme por el nuevo sendero de vida que voy á trazar para ambos, seré al fin tu verdadera esposa y te amaré mucho. »

Huincahual levantó la cabeza, y mirando á la joven con indefinible expresión de gratitud, retratada en sus grandes ojos de mastín :

— ¡ Ah, malghén ! exclamó ; gracias, malghén. *¡ Inche cai ru thegua ! (¡ yo soy tu perro !)*, agregó, arrojándose á sus pies...

La joven sonrió, y acariciándole la frente, que el indio había reposado nuevamente entre sus rodillas, como lo hacía siempre que deseaba manifestar su alegría, comenzó á hablarle de todo aquello que creía podría

despertar en él los buenos sentimientos que, como se ha dicho, no dudaba ya habrían de anidarse en aquella alma de salvaje.

Su noble misión comenzaba, pues, en aquellos mismos momentos.

Las primeras tentativas fueron felices.

Con toda la elocuencia de que era capaz, María habló largamente al indio de su Dios, á quien volvió á comparar con el Pillán, la divinidad principal de los araucanos, tratando de demostrarle en cuanto era posible, dada la absoluta ignorancia del discípulo en materias de religión, la diferencia esencial entre la creencia fácil, pura y sublime en la existencia de un solo Ser, inmenso, justo y poderoso, y las absurdas supersticiones de que se rodea á la fe absoluta pero ciega y confusa, en la influencia necesaria de los genios del bien y del mal sobre el destino de los seres de la tierra.

Admiróse, sin embargo, María, una vez más, como había tenido ya ocasión de ha-

cerlo durante su larga permanencia entre los indios, de encontrar en medio de aquel caos de ignorancia, oscurecido aún por un cúmulo de supersticiones groseras y absurdas, uno que otro destello de luz, uno que otro punto semejante á aquellos que forman la base general de las creencias de una gran porción de la humanidad religiosa.

La idea de un diluvio universal (como acababa de probarlo Huincahual en su narración) aparecía clara y precisa en medio de lo grotesco de la forma y circunstancias de que se había ido revistiendo con el tiempo la tradición, desfigurada de día en día por la obtusa imaginación de aquellos bárbaros, aislados más y más del resto de sus semejantes...

La creencia en la inmortalidad del alma, en una vida futura con premios y castigos, aparecía también de vez en cuando velada por la superstición y la ignorancia...

* * *

El sol llegaba ya á su ocaso cuando María y Huincahual volvieron á los toldos de Paillamachí, en donde la curiosidad general les aguardaba con impaciencia.

El indio, al llegar á la ranchería, estaba radiante, verdaderamente hermoso y como rejuvenecido aún por la felicidad y el orgullo de su triunfo.

Alto, nervudo, la exuberante robustez de sus miembros de hierro contrastaba singularmente con el busto delicado y marchito de la joven, al lado de la cual aparecía como un coloso.

De espaldas casi cuadradas, las formas todas del araucano, descendiente de una tribu privilegiada de su raza, eran llenas, perfectas, armoniosas : un verdadero Hércules en quien se admiraba la extraordinaria

y serena poesía de la fuerza ; una estatua de gladiador romano, con el último toque del arte en la modelación poderosa, perdida entre las selvas de aquella comarca primitiva y salvaje...

Al presentarse Huincahual con su pareja, se pusieron todos de pie, y por una orden suya saludaron con respeto á la Huinca ...

¡Por vez primera, desde el día de su cautiverio, sentía María lucir y renacer en su alma un lampo de felicidad!...

VI

BELLEZAS SALVAJES

Un año había transcurrido aún, al cabo del cual había muerto de vejez el Toquí Paillamachú.

Su desaparición fué llorada por los indios, que habían mirado en él al más valiente de sus jefes.

Las ceremonias de usanza fueron hechas con pompa por la indiada, al dar sepultura al cadáver. Enterráronlo en la selva con sus alhajas y sus trajes, de que cubrieron el cuerpo del difunto, y durante tres noches las mujeres y los deudos lloraron y canta-

ron al rededor de la sepultura á la luz de antorchas funerarias.

En seguida quemáronse sus lanzas y sus flechas, y, después de regar con la sangre de un chilihucque, sacrificado para el caso, la superficie de la tumba, el duelo se terminó en los toldos...



Había llegado, pues, el momento en que Huincahual asumía el mando con la dignidad de *Toqui-Guilmén* (cacique que dispone).

María, dueña ya por completo de la voluntad del Huiliche, como lo era de su corazón, había ido también apoderándose, hasta donde era posible, de su inteligencia.

Los meses que siguieron transcurrieron hasta cierto punto felices para la cautiva.

La fuerza de las cosas la hacía, á pesar suyo, habituarse poco á poco á aquella vida esencialmente indolente, propia para su organismo tranquilo y en donde todo parecía encaminado á producir una verdadera atonía moral...

Y sin embargo, desde el punto de vista de lo ideal y de lo bello, cierto aspecto de esa vida salvaje habría podido tener sus encantos especiales.

Pero el alma de una niña, y de una niña como María, no habría sido capaz de comprenderlos suficientemente. Para ser experimentados en toda su intensidad, tales encantos habrían necesitado revelarse, en un medio y un sexo diferente, á un alma superior, con una inteligencia más cultivada, más accesible al impresionalismo y al sentimiento del arte...

De modo que si en vez de la huérfana el cautivo hubiera sido un pintor ó un poeta de genio, un escultor ó un artista en general

¡cuánto campo de inspiración allí, cuán variado, cuán espléndido!...

Como elementos inestimables para el conjunto de un cuadro exquisito, ¡cuánta profusión de detalles, cuánta novedad de forma, cuánta luz, cuánta armonía y riqueza de tintas perdidas en el fondo de aquella escenografía ignota y oculta, como el oro inmenso encerrado en las entrañas de sus montes y en el seno de sus selvas impenetrables!...

¡Cuánta magnificencia en aquellos paisajes grandiosos que la mirada de ningún hombre civilizado ha contemplado aún!...

En el fondo de sus vastas soledades, en donde todo es quietud, majestad y silencio, hay árboles gigantes con troncos rugosos tapizados de musgo y entretejidos por guirnaldas y enredaderas, cuyas flores, trepando hasta la cumbre, se columpian en lo alto; árboles eternamente verdes y lozanos, corpulentos, arrogantes como aquellas licopo-

diáceas prehistóricas de la pasada edad terciaria, desaparecidas para siempre de la superficie del globo terrestre...

Todo es verdor en el seno prodigioso de las selvas : verdor en las ramas que, allá arriba, forman una bóveda espesa de follaje; verdor en el suelo, abajo, como sobre una alfombra de césped; verdor en los arbustos, helechos y orquídeas que brotan á porfía al pie de las raíces nudosas de los árboles, y verdor, en fin, sobre el borde solitario de los arroyos, cuyas aguas los retratan al pasar.

Ningún ruido se escucha allí. Apenas si de cuando en cuando el soplo de la brisa que atraviesa por entre los añosos troncos alza un murmurar profundo en las ramas sacudidas y trae desde afuera, flotando en el espacio, el eco perdido de la vocería de los indios, que se mezcla vagamente al susurro de las hojas...

Cuando luce el sol en los templados días

del Huevun-cuyen, sus rayos penetran temblando por entre las copas de la vetusta selva, y derramándose sobre la hierba y los musgos de la base, iluminan y transparentan el follaje como penetrándolo de una luz ó claridad que todo lo abrillanta.

Á menudo un insecto ó un reptil asoma su cabeza parda por entre las hojas secas que crujen á su paso, al mismo tiempo que entre el zumbido soñoliento del tábano y la monótona salmodia de la selva, sobresale á intervalos el melancólico canto del *chucuo*, que, en su nota repetida y cadenciosa, parece dar al viento una eterna y misteriosa queja.

.

La mayor parte de las indias vagaban por los toldos durante las diversas horas del día, ocupadas en sus quehaceres ordinarios. Habitualmente no llevaban más traje que una ligera *hualca* ceñida á la cintura. Algunas, especialmente las muy jóvenes,

prescindían aún de tal atavío y se paseaban á la luz del sol, libremente, en la inocencia salvaje de su desnudez espléndida...

La hora del baño habría sido, sobre todo, interesante para un artista amante de la glorificación de la forma en la belleza humana...

Hacia el medio día, en los momentos de más calor, veíaselas acudir en grupos á la orilla del río, y allí, junto á un remanso, bajo la sombra de los frondosos árboles de que estaban esmaltadas las riberas, recostadas negligentemente, desenredaban sus cabelleras, mientras otras, más listas, juguetaban ya dentro del agua.

¡Y había entre ellas muchas jóvenes y muchas hermosas, cuyos cuerpos eran esculturales, bellos, esbeltos!...

Pero aunque al observarlas allí reunidas el cautivo contemplador, oculto y recatado entre el misterio del follaje, hubiese seguido con vista turbada las ondulaciones suaves

de sus formas delicadas, al detener después una mirada curiosa sobre aquellos rostros juveniles, vivos, llenos de sonrisas y de candor, la impresión que sobre su alma hubiera ejercido la visión seductora habría sido una de esas impresiones puras, suaves, que se experimentan al mirar la desnudez serena de una Venus griega; Venus de bronce, á la verdad, pero no por eso menos perfecta...

* * *

Varias veces, había manifestado María un vehemente anhelo por subir á las montañas de la cordillera del oriente, con el objeto de dominar desde allí el panorama (que ella imaginaba grandioso) de las pampas en el inmenso país de los *Pehuenches* y *Tehuelches*, desconocido aún por los españoles...

Huincahual había comenzado por oponerse terminantemente á tal deseo, considerando que la terrible excursión proyectada por la joven habría de alejarle demasiado de sus tierras, sin objeto de importancia y sin razón especial de guerra.

La curiosidad de la castellana le parecía, por otra parte, extraña, pueril. ¿Valdría, en verdad, la pena el llevar á cabo un viaje tan largo y penoso por sólo la satisfacción, incomprensible para él, de contemplar un árido y monótono desierto?... ¿No tenía, por ventura, la joven allí en el país mismo en donde vivía el más rico y variado de los paisajes ?...

Y entonces, al meditarlo, una duda terrible solía arrugar el ceño del indio...

¿Acaso la hermosa cautiva, de concierto con los huincas sus hermanos, querria valerse de un pretexto para escaparse y hacer al mismo tiempo caer á sus raptores en un lazo concertado de antemano por medio de

la traición de parte de alguno de los indios?

Huincahual no se atrevió de pronto á dar á conocer sus temores á la joven.

Pero ella, que leía en su semblante, se adelantó á desvanecerlos, logrando fácilmente disipar sus dudas á este respecto.

María no podía, en efecto, tener ya interés en la fuga. Así lo dió á entender al indio con razones perfectamente atendibles. Aunque, por no excitar sus celos, jamás le había hablado hasta entonces de sus relaciones con el joven español, ¿á qué intentarla?... Aparte de que la realización de cualquier proyecto en tal sentido habría sido imposible para ella, dada la absoluta inco-municación en que se encontraba con los españoles, ¿qué porvenir la aguardaría entre sus semejantes? ¿Cómo habría de presentarse á su antiguo prometido aquella mujer ya semi-salvaje y á sus ojos deshonorada para siempre por fatalidad de su destino? ¿Qué suerte reservarían, en todo caso, los

orgullosos castellanos á su hijo infeliz, considerado por ellos como un mestizo vil y bastardo?...

Huincahual creía conocer suficientemente á sus enemigos para comprender la sensatez y la justicia de tales razonamientos, y, decidido á dar gusto en todo á *Mariña*, se determinó por fin á disponer la excursión, de la cual, á fuer de buen indio, codicioso y ladino, se propuso además sacar algún provecho más positivo para sí y para su gente.

Las hostilidades de los Pehuenches habían dado ya varias veces ocasión á las Huiliches de intentar una revancha. Magnífica oportunidad se presentaba, por tanto, al Toquí-Guilmén para reunir á los caciques de los otros butanmapus y acordar « el alzamiento » contra los indios enemigos...

De concierto, pues, con ellos, un día del mes de « la fruta nueva », el *Huevun-cuyen*, se dió aviso á los *Cones* (especie de correos

de guerra) para que advirtiesen á cada reducci3n que en la noche fijada para el congreso se hallasen presentes los jefes en el monte *Lampaic3n*, que era en donde deba celebrarse la asamblea.

Llegado el d3a designado, se repartieron las se3ales concertadas, consistentes en los hilos 3 *prones* con los nudos que denotar3an por su n3mero la cantidad de noches que deb3an transcurrir antes de realizar la expedici3n, y qued3o convenido que con la aparici3n de la primera luna pr3xima se coger3an las armas y se pondr3an los expedicionarios en marcha...

Huincahual no di3o conocimiento de ello á la cautiva por no atemorizarla ; pero tom3o silenciosamente las medidas del caso para ponerla á salvo de todo peligro, designando para su custodia especial durante los momentos del ataque á un indio de su confianza, un mocet3n llamado Curiñanco, y pretextando una raz3n de gobierno para

emprender la marcha por otro lado con los suyos.

El momento de la expedición llegó por fin.

María partió con las indias de su servicio bajo la vigilancia de Curiñanco por un camino distinto del que debía llevar Huincahual y sus facciones, como quedaba convenido.

Viajaron así durante dos días con sus noches.

Al amanecer del tercero, ya subían la montaña. Huincahual no había sido visto con su séquito durante ese tiempo ni se tenía tampoco noticia de él. Según Curiñanco, el Toquí debía reunirseles por otro camino, pues las necesidades de su cargo le obligaban por entonces á aprovechar la ocasión de visitar sus tierras pasando por diversos parajes que debían alejarlo del rumbo directo hacia la altura...

El que ellos llevaban era constante. El

punto á que habían llegado era ya el de la región montañosa, la región soberana en donde los cerros ordinarios eran colinas y en donde las colinas eran simples accidentes de terreno ..

Desde allí divisaban el cúmulo enmarañado de picos erizados y confusos, con valles profundos formados por faldas cubiertas de masas colosales de verdura y nieve que se alzaban sobre otras masas con sus flancos verticales, riscos y precipicios como cortados á pico...

Sobre esos flancos amenazadores había cascadas y torrentes que se despeñaban rugiendo por entre bosques inmensos de árboles corpulentos y lozanos, y avanzando, avanzando veían cómo, á medida que el viento se hacía más frío, trozos enormes de agua congelada se derrumbaban con estrépito arrollando, á su paso en forma de terribles avalanchas, gigantes moles de nieve que parecían arrancar su base á las entra-

ñas rudas de granito y de verdura, escorias y lavas petrificadas que, entremezcladas, les servían de lecho profundo...

Y esas montañas formaban una fila, una cadena eterna, cuyo borde mirado desde allí dibujaba un zig-zag no interrumpido de picos y arietes cubiertos únicamente en su cima por una capa de nieve de resplandeciente blancura...

¡Qué inmensa era esa cadena! Cuán hermosa y poética la coloración variada y cambiante de sus nieves á la hora de la puesta del sol cuando los reflejos oblicuos de sus últimos rayos las teñían de encarnado y oro!

* * *

La hora era ya muy avanzada cuando la pequeña caravana llegó á la cumbre.

Casi de repente, se encontró María en lo más alto, allí desde donde su vista podía extenderse sobre todo lo que la rodeaba : sobre el llano inmenso, por un lado, hacia el oriente ; por el otro, al occidente, sobre los bosques, los lagos, los ríos y los valles, encajonados entre la cordillera y la sierra de la costa, coronadas ambas de nieves eternas ; sobre las montañas mismas, hacia el norte, hasta mucho más allá de las cumbres de otros montes subalternos que, descendiendo gradualmente á medida que avanzaban hacia el sur, iban á morir perdidas á lo lejos en un horizonte vago, azulejo, confuso, en donde el cielo y la tierra parecían unirse para siempre...

¡Qué imponente espectáculo ! Allí, precisamente en ese punto en donde se encontraban, una cadena interminable de montañas inmensas dividía un mismo y vasto continente en dos regiones distintas y aun desconocidas para el mundo civilizado.

Allí, bajo esa cima atrevida, á ambos lados, sobre el fondo de los flancos de la montaña, nacian á un tiempo dos torrentes, inmensos también, que, unidos en su origen mientras la acción congeladora del frío los había mantenido como aprisionados, convertidos en un mismo y único manto de maciza nieve, una vez vueltos á su primitivo estado por los ardores del estío se precipitaban corriendo en dirección opuesta, separándose, alejándose más y más hacia los senos infinitos de dos Océanos, también inmensos y distintos también...

Aquel punto matemático de separación debía ser más tarde bautizado por los hombres con el nombre simbólico y grandioso de *Divortia aquarum*.

María, los indios mismos, se quedaron un momento sobrecogidos de respetuosa admiración y enajenamiento.

No se oía ni un murmullo en torno.

Al frente, á un lado, por todas partes ha-

cia aquella dirección ; el desierto, el desierto sin fin ; verde, dilatado, inmenso !...

De cuando en cuando un espejismo, allá á lo lejos, surgía, brillaba un punto y desaparecía después...

¡ Silencio, aridez, serenidad eternas !...

¡ Ni una colina, ni un valle por aquel lado, ni un arbusto que pudiera distinguirse desde esa altura, ni un ser viviente !...

¡ Sola, imponente, la majestad de la distancia inmensurable !

.

El cielo comenzó, poco á poco, á teñirse de oro y fuego. Los «nimbus» y los «cirrus» suspendidos en el espacio azul se colorearon é iluminaron.

El sol descendía en aquel momento hacia el ocaso tras de las montañas.

.

La claridad palideció luego por el lado del desierto, pero la atmósfera toda pareció encenderse entonces.

Ello dura, sin embargo, sólo breves instantes. Unos cuantos minutos después, el incendio de la atmósfera empieza á apagarse...

¡Un último rayo aún, rayo tenue, reverberado un segundo, moribundo al fin!...

Y después, el dominio de la oscuridad permanente...

La brisa se alza entonces, fría, penetrante. La bóveda celeste pierde su colorido vivo y se reviste de un tinte más suave : violado, lácteo. como el del ópalo...

Y poco á poco van surgiendo, tímidas y misteriosas, las estrellas, que en un instante más tachonan el cielo y lo salpican de puntos de luz. como rocío de oro.

.

Un arco suave y delicado de luna creciente de diciembre apareció en esos momentos por el otro extremo de la bóveda celeste, y á medida que se fue lentamente y casi á un tiempo sepultando, derramó so-

bre la llanura una claridad tenue y pálida...

Y continuó bajando más y más, y cuando hubo tocado ya el borde del horizonte, pareció destacarse con fulgores más vivos, más encendidos, pero que también duraron sólo un instante...

Después... todo se borró; ; había llegado ya la hora de la plena noche!...

* * *

La caravana se apresuró á bajar la montaña, y cuando, después de haber marchado más de dos horas, llegó por fin hasta un punto abrigado en donde comenzaba la espesura de un bosque inmenso de alerces y maitenes, hizo alto para pasar la noche allí.

El frío era horrible. Los indios para calentarse encendieron con yesca y eslabón una fogata enorme.

Mas, no juzgándola sin duda suficiente, apartáronse algún trecho, y pegando fuego á los arbustos, que lo comunicaron, á su vez, á los árboles, produjeron el incendio de la selva entera.

Al fulgor de las primeras llamaradas vióse entonces huir, cuesta abajo, por los flancos y laderas de la montaña á una multitud de pájaros y animales que con siniestros rumores de carreras y aleteos se escapaban hacia los valles de la base, lanzando graznidos y gritos salvajes de terror...

;Inmenso debió ser el resplandor de aquella hoguera, que ardía libremente, casi en la cumbre misma de la montaña, reverberando sobre el albo manto de la nieve; pues según lo contaron los Huiliches á María tres días después, sus reflejos, que enrojecieron durante toda la noche el cielo, fueron vistos desde los toldos, cuyos habitantes los imaginaron ocasionados por la explosión de algún nuevo volcán desconocido para ellos, ya que

hasta los más viejos de entre los indios de la ranchería aseguraron no haberlo visto antes, jamás...

El asalto dado por Huincahual no fue provechoso.

Las tribus nómades de los Pechuences parecían haberse alejado por el momento.

Sin embargo, en el instante de emprender la retirada, una polvareda lejana que avanzaba hacia la montaña denotó á la gente del Huiliche que una horda enemiga merodeaba por las cercanías.

La escaramuza no se hizo esperar. El ataque fué rápido y de emboscada; el combate de corta duración. Los Pehuenches, sorprendidos de improvisto, huyeron despavoridos, dejando en el campo varios objetos y provi-

siones de valor secundario para la indiada. El botín, por tanto, fue escaso : algún ganado y unos cuantos caballos...

Por lo demás, con el regreso del Toquí, todo volvió en los toldos á su estado normal...

VII

EN LAS ROCAS DE LA ORILLA

En cierta ocasión, por aquel espíritu vagabundo que le era peculiar, se propuso María seguir á los indios en una de sus excursiones nómades, y, andando, andando en dirección hacia la costa, llegó con ellos hasta las orillas mismas del Océano, cerca de la embocadura de un inmenso río, formado por la confluencia del Pilmaiquén y el Trumag.

María no había visto jamás el mar; pero recordaba que, siendo muy pequeña, había oído á su padre hablar de los primeros galeones de España arribados á las costas occi-

dentales de la América por la ruta del estrecho del sur, abierta ya al mundo civilizado por el genio de Magallanes con sus compañeros Serrano y Sebastián del Cano.

Los galeones llegaban, en esa época, cargados de pertrechos y de gente, que eran internados por el río en barcas, balsas y piraguas...

La joven recordaba además que, en tales circunstancias, su hermano Julián con su inseparable amigo Gil habían cruzado también ese río; pues su buen padre, para darles gusto, había consentido en conducirles á bordo de una de las carabelas más hermosas de la rada, armada en guerra con gran aparato de fuerza.

¡Cuánto habían admirado los chicuelos los cañones y los instrumentos de combate! Su afición á las armas era ya muy manifiesta en esa época, de modo que, á medida que el padre les mostraba el uso especial de cada objeto, ellos se sentían sobrecogidos de en-

tusiasmo infantil y de ardientes deseos de hacerse ya soldados.

Algunos años habían transcurrido después, al cabo de los cuales, muerto ya el padre, los jóvenes castellanos, nacidos á orillas del Lauquén, se habían alistado en las filas de los conquistadores del Nuevo Mundo, dando así razón á sus instintos y á sus inclinaciones.

¡Pobre Julián!

¿Y qué sería de Gil en aquellos momentos?

.

María no pudo contener una lágrima al divisar por primera vez la imponente majestad del Océano...

Durante todo el día, vagando por la orilla de la playa, deleitóse en mirar cómo las olas, chocando contra el pecho de la roca, reventaban en torbellinos de espuma, con fragor de tempestad...

El sitio en donde se encontraba era her-

mosísimo. Á lo lejos, muy lejos, hacia el frente, una faja vaga, perdida, dibujaba con perfiles suavemente ondulados los accidentes de una costa que, según los indios, era una isla : una isla llena de verdura, al parecer, y en donde abundaban la caza y el marisco...

En ciertas ocasiones del año, la indiada solía enviar algunos destacamentos á dicha isla, destacamentos compuestos de hasta cien hombres, bien armados, cuya misión consistía en hacer allí la mayor cantidad de provisiones posible y combatir, en caso de necesidad, al enemigo, que pertenecía, casi siempre, á la tribu de los Pouyas, nómades como los Huiliches, pero mucho más feroces y codiciosos.

A la espalda de María, la costa se alzaba gradualmente. Varios islotes salvajes, con bordes elevados, y erizados por rocas enormes se veían verdear á corta distancia, cubiertos por una capa rugosa de algas y mus-

gos marinos, húmedos, brillantes, bajo el eterno riego de las olas y el reflejo de los rayos del sol...

Cuando comenzó á caer la tarde, María se preparó á retirarse... Como si hubiera sido una niña de tierna edad, se había entretenido en recoger conchas y caracoles, de que había repletado los bolsillos de su huaralca. La indiada debía acampar esa noche á corta distancia de la playa, en cavernas, para emprender la marcha hacia los toldos al amanecer del siguiente día...

El tiempo estaba tranquilo, y en el cielo, de un azul purísimo de turquesa, las nubecillas crespas de la altura aparecían como un límpido reflejo de la espuma de las olas, que una leve marejada arremolinaba sin cesar en la superficie de las aguas...

Hacia la hora del crepúsculo, sin embargo, se alzó una brisa fresca de sur, que comenzó á soplar con cierta fuerza...

En ese mismo momento, por el norte,

como un punto perdido sobre el borde de vasta circunferencia, se divisó en el horizonte una vela de buque.

Un mocetón de la indiada fué el primero en verla y en dar la voz á los expedicionarios...

— ¡Un barco huinca! gritó poniéndose de pie y extendiendo un brazo en dirección al punto por donde aparecía la vela.

María volvió bruscamente la cabeza. Su semblante se cubrió de una palidez súbita, y á pesar suyo, un temblor involuntario agitó todo su cuerpo.

No podía ser sino española, en efecto, aquella nave, ya que casi ninguna otra nación había logrado hasta entonces pasear su jабellón triunfante por los vastos y apartados mares del Pacífico. Sólo las insignias de Castilla y Aragón flotaban á menudo al tope de las anchas carabelas que de tarde en tarde y en tiempos de bonanza solían pasar bordeando silenciosas, como los cisnes de los

lagos, á lo largo de las solitarias costas de la América.

Pero en ese instante, como por encanto, rápido cual una aparición, surgió Huincahual, que, acompañado de Curiñanco, adelantóse hacia la joven. Su fisonomía estaba inquieta y su semblante pálido también.

— ¿Qué haces aquí? le dijo. El aire está frío, y en la gruta la lumbre encendida te aguarda ya. Vé, malghén, á reconfortarte á su calor...

Y volviéndose hacia Curiñanco :

— Acompáñala tú, y no te separes de ella un momento, agregó.

La joven y el indio obedecieron.

Bajo un trozo macizo de granito, situado entre dos pequeños morros guarnecidos de espesa vegetación, existía una gruta pro-

funda, abrigada de los vientos del sur y maravillosamente tallada por la naturaleza en el seno de la roca.

Allí pasaron la noche **Huincahual y María**. Los indios se acondicionaron en otras grutas análogas y más ó menos distantes de aquella en que su jefe reposaba de las fatigas del día. La cacería les había dado trabajo, y el beneficio era considerable.

Cuandó cerró del todo la noche, el tiempo comenzó á cambiar, sin duda por haber cambiado también á esa misma hora la dirección del viento.

Desde dentro de la gruta se sentía el sordo y cavernoso murmullo del mar, al cual se mezclaba el mugido del viento, ronco, profundo...

La tormenta no se hizo esperar. Las olas comenzaron á rebramar con más violencia, rodando furiosamente y entrechocándose entre sí.

¡Era aquello como una salvaje sinfonía de

los elementos que cantaban el himno lúgubre del terror y la muerte!...

María, preocupada, no había podido cerrar los ojos hasta ese momento. Su imaginación, fija en un recuerdo, no lograba apartar de la mente la idea del barco español que á esas horas debía encontrarse en angustia terrible, si como era de creerlo, la borrasca y la mar contrarias le tenían en peligro.

¡Y entonces la joven se lo imaginaba flotando á merced de las olas, combatido por el huracán, luchando jadeante contra el rigor de la tempestad, balanceado horriblemente, tumbándose de costado ó hundiéndose para siempre en las profundidades del abismo, después de quedar un momento suspendido sobre montañas de líquido turbulento, como las piraguas sobre las caídas tumultuosas del torrente!...

¡Pobres hermanos aventureros! ¡Cuánto debían de sufrir!...

Huincahual velaba con ella. Algún pensamiento cruel, sin duda, le agitaba también, porque, levantándose á menudo, salía de su guarida y comunicaba con los indios que de cuando en cuando cruzaban por enfrente...

¿Qué podía significar tan inusitada vigilancia?...

Una sospecha fatal comprimió dolorosamente el corazón de la castellana...

¿Se hallarían los españoles, por desdicha, cerca de la costa, hacia la cual les hubiera hecho aproximarse el deseo de encontrar un abrigo? Y en tal caso ¿qué intentarían, allí, los indios? ¿Cuál sería su proceder si la nave llegase á naufragar ó á caer en su poder invadida por asalto?...

María se estremeció al meditarlo. Conocedora de los sentimientos de Huincahual para con sus enemigos, no podía engañarse sobre un punto que la atormentaba ya cruelmente. Preciso era, sin embargo, salir de

dudas cuanto antes y prevenir una catástrofe interviniendo á tiempo, si ello era posible aún...

* * *

El Toquí volvió á la gruta un minuto después de haber salido de ella.

— ¿Qué haces? le preguntó la joven. ¿Por qué no descansas como yo? ¿Ocurre acaso algo?

— Nada de nuevo, se apresuró á contestar Huincahual. ¿Por qué te inquietas?...

María vaciló antes de contestar. Dar á entender que temblaba por la suerte de los españoles no haría sino excitar la cólera del indio ó encender allí mismo sus sospechas.

¿Qué hacer en tal circunstancia?

La cautiva meditaba aún, cuando un grito, un grito unísono, resonado á distancia y traído por el viento hasta la gruta, como el

eco de un inmenso clamor de angustia, la hizo lanzarse hacia la salida.

Pero Huincahual, al mismo tiempo, como impulsado por un resorte, se adelantó hacia la joven, é interceptóle el paso.

En ese mismo instante apareció Curiñanco en la entrada.

— ¡El barco huinca ha zozobrado estrellándose contra las rocas! exclamó.

María lanzó un grito al oír estas palabras y, apoyándose sobre el hombro del indio, quedó desvanecida...

*
* *

Transportada María al interior de la gruta, Huincahual se decidió á salir á la playa, no sin dejar antes, como refuerzo, á dos de sus indios más fieles al cuidado de la malghén...

Así transcurrió media hora.

Cuando ya el indio llegaba á la orilla, se le reunió un emisario que había venido apresuradamente á su encuentro.

— Y bien, preguntó el Toquí con ansiedad, ¿hay sobrevivientes?

— Tres, respondió el emisario.

— ¿Y dónde están? volvió á interrogar el Huiliche.

— Allá, juntó á aquellas luces distantes, tras de aquel negro peñón, custodiados por treinta de los nuestros.

— Que sean traídos con vida á mi presencia si aun es tiempo, ordenó el Toquí.

Veinte minutos después, precedidos y escoltados respectivamente por dos grupos numerosos de salvajes, aparecieron por la orilla de la playa, avanzando á la luz de encendidos hachones y en dirección al lugar en que se encontraba Huincahual, tres hombres blancos, completamente desnudos y atados de las manos con fuertes ligaduras

de cuero. Cada uno de ellos era conducido por dos indios que parecían obligarles á acelerar el paso.

Un momento después, captores y cautivos encontrábanse en presencia del Toquí en medio de una confusión y vocinglería indescriptibles.

Pero Huincahual, con una señal imperativa, impuso á todos silencio.

Los cautivos eran jóvenes. Terribles habían debido de ser, sin embargo, sus sufrimientos, pues al fulgor de las antorchas sus rostros aparecían demacrados, á la vez que sus miembros, extenuados por la fatiga, llevaban el sello de una lucha desesperada, sostenida, sin duda, con sobrehumano esfuerzo durante horas tremendas de angustia.

Después de examinar á los prisioneros durante algunos segundos, Huincahual dirigióles la palabra, interrogándoles con menor aspereza de la que hubiera podido espe-

rarse de parte de enemigo de tal condición.

Pero sea porque el idioma extranjero en que el Huiliche les hablaba les fuese desconocido, sea por temor ó falta de energía para dar una respuesta, los prisioneros permanecieron mudos.

Uno de ellos, sin embargo, el más joven y gallardo de los tres, el que parecía conservar aún mayor vigor físico y mayor fuerza de voluntad, á juzgar por la actitud desembarazada con que se había mantenido de pie en presencia de su salvaje juez, alzó de pronto la cabeza, y, mirando fijamente al Huiliche:

— Somos tus prisioneros, exclamó en excelente idioma araucano. Te pertenecemos, y puedes por tanto hacernos matar si así lo deseas. ¡Pero concluye pronto!

— ¿Cómo te llamas? interrogó el Toquí.

— Mi nombre no debe importarte, repuso tercamente el interpelado.

— ¿Eres soldado? volvió á preguntar

Huincahual con tal entonación de serenidad que desconcertó al joven y admiró á los indios, quienes no podían comprender tan inusitada condescendencia de parte de su terrible amo.

— Soldado soy, contestó el prisionero, y en muchas ocasiones he medido ya mi espada contra la lanza de alguno de los tuyos.

El indio no replicó. La calma era por lo visto su arma predilecta en los momentos difíciles de prueba. Sereno había permanecido en otro tiempo ante los insultantes desdenes de la castellana, como permanecía sereno en esos momentos ante las provocaciones osadas del atrevido mozo cautivo.

Los indios del Arauco suelen ser así : el disimulo y el dominio sobre sí mismos, cuando lo consideran oportuno, constituyen un extraño y peculiarísimo distintivo de su raza. Tales los ha pintado Ercilla, y tales los han encontrado más tarde algunos de los guerreros que han tenido que entender

con ellos : discretos, reconcentrados, imperturbables, en caso de necesidad, hasta el heroísmo y la muerte.

Por varios instantes, pues, el Toquí permaneció silencioso y en actitud meditabunda. Alguna idea le preocupaba, sin duda; algún problema, tal vez, que se agitaba en su cerebro; algún plan, algún proyecto. Su vacilación no duró, sin embargo, largo tiempo.

— Que venga Curiñanco, exclamó de repente. Y en cuanto á éstos, añadió designando á los cautivos y volviéndose á los indios que los custodiaban, conducidlos sanos y salvos adelante, y aguardad mis órdenes antes de ponerlos definitivamente en marcha hacia los toldos.

La comitiva se separó en el acto, y el Toquí quedóse un instante solo y á oscuras.

Curiñanco apareció algunos minutos después.

— Notad bien lo que voy á ordenaros, dijole el Huiliche asumiendo un tono grave.

Me responderéis con vuestro puesto de la vida de los prisioneros que acabo de interrogar. No quiero que mueran estos hermanos de Mariña.

Curiñanco se inclinó y llevó la mano á su corazón en señal de fidelidad y de obediencia.

— Pero no es esto todo, continuó el Huiliche con acento profundo y bajando la voz á un tono que de misterioso llegó hasta terrible : vuestro empleo no me bastaría ya, caería vuestra cabeza en el instante mismo en que la malghén huinca llegara á tener noticia de la existencia de los cautivos. Con vuestra vida me responderéis, por tanto, del absoluto secreto que os impongo ; secreto para ella, secreto para mi propia gente... ¿Lo entendéis?

El vasallo salvaje volvió á inclinarse ; palideció ligeramente un instante, sin que su amo pudiera darse de ello cuenta á causa de las tinieblas que les rodeaban por todas par-

tes, y llevó nuevamente la mano á su corazón.

— Ahora, añadió Huincahual, escuchad mis instrucciones.

Y, apartándose juntos en medio de las sombras, los dos huiliches comenzaron á discurrir misteriosamente entre sí, alejándose más y más en dirección á la gruta en que yacía la mujer desmayada, hasta perderse del todo en la oscuridad intensa de la tormentosa playa.

Durante toda la noche el mar permaneció embravecido. Hacia el amanecer, sin embargo, el viento cayó y la tempestad pareció agotar todas sus fuerzas. Una calma relativa siguió á la horrible borrasca, hasta

que, por fin, al rayar el alba, las aguas se tranquilizaron casi del todo.

.

Cuando lució definitivamente el sol, sus rayos alumbraron el más horroroso de los espectáculos.

En la playa, media legua hacia el norte, la indiada, apiñada al rededor de los fragmentos de un casco destrozado, se disputaba el resto de un botín ya medio devorado.

Barriles de aguardiente; viveres; cajones de herramientas, clavos, tarros de aceite y brea; ropas empapadas por el agua y mezcladas con trizas de tablones y masteleros rotos, sembraban las rocas de la orilla enredándose entre girones de velas y trozos de jarcias y cadenas...

Los indios, á la vista de cada objeto, vociferaban y saltaban de placer. Unos disputaban, mientras otros (y eran éstos los más) bebían á sus anchas el contenido de los barriles de licor.

.....

¡La muerte del pobre navío debió de ser rápida y sin dolor! ¡Al estrellarse contra las rocas, invadido y estropeado por el agua, su casco debió hacerse pedazos bajo el empuje formidable de las olas!

En cuanto á los demás tripulantes, ¿quién podría saber cuál fué su suerte en el misterio de la noche lóbrega?...

Á la luz del sol, veíanse flotar aún varios cadáveres sobre las olas, mientras otros permanecían mutilados y amoratados entre las rocas de los morros...

¿Cuántos de esos infelices náufragos perecieron á manos de los indios excitados por la bebida y el rencor? ¡Misterio, misterio que nadie pudo penetrar en la gruta de Huincahual!...

María, no obstante, hubo de tener una vaga y consoladora noticia del caso, pues al verla el indio llorosa y angustiada, le dijo con acento solemne :

— ; Han muerto todos, Mariña, víctimas del furor del mar! ; El Pillán justiciero venga así en ellos los crímenes de sus antepasados!...

*
* *

La cautiva quedóse por largo tiempo preocupada.

De vuelta ya á los toldos, durante muchos meses después, especialmente en las noches del invierno, á solas con sus ideas, dentro de su ruca triste, mientras afuera en la intemperie se escuchaba el eco sordo del viento que azotaba la techumbre de coligües, reconstituía en su imaginación la escena del naufragio de la malograda carabela, con detalles horrorosos que su mente iba forjando al meditar...

Se imaginaba que allá en la orilla del mar,

las ráfagas heladas del cierzo estarían también soplando en esos instantes con furor, haciendo mugir las olas con son cavernoso y eterno, como en la noche del trágico suceso...

Y entonces le parecía que sobre ellas, en el punto mismo en que debió de abrirse la solitaria tumba, habrían de verse flotando, enlazadas y confundidas en una sola visión vaporosa y fantástica, la sombra negra y gigantesca del barco zozobrado y las almas de los infelices tripulantes...

¡Á tan terrible idea la niña se estremecía y cerraba instintivamente los ojos en la oscuridad impenetrable de la ruca!...

VIII

NALCÚ

Entregada María por completo á la tarea de educar al indio y al cuidado de su hogar, su vida se deslizaba entre el trabajo y sus obligaciones.

En medio del desierto grandioso del Arauco, sin el menor elemento de civilización ni recurso alguno de que valerse para el logro de su objeto; sola con su voluntad y una especie de inspiración inconsciente, debida, sin duda, á la soledad, al silencio, á la meditación y al constante esfuerzo por salir airoso de tan abrumador empeño, la joven

española buscaba en la naturaleza un apoyo, un influjo capaz de conducirla al término de sus nobles aspiraciones...

Y la naturaleza, por su parte, parecía, en tales casos, no permanecer sorda á los llamamientos de la cautiva. Á falta de tesis y preceptos, proporcionábale en abundancia ilimitada cuadros y ejemplos que hablaban elocuentemente á su alma sensible y parecían despertar su inteligencia, avivando en ella la facultad de comprender, de asimilar. por decirlo así, el resultado de las doctas lecciones con que sin cesar la regalaba tan pródiga y sublime maestra...

El bosque, la montaña; el cielo, las flores; el río, las tormentas, eran para ella otros tantos libros que se complacía en leer, ansiosa de hallar en sus páginas admirables el alimento intelectual que cada vez iba más y más necesitando para sostener la desesperada lucha contra el embrutecimiento, estado de espíritu que tarde ó temprano habría

de llegar como resultado lógico é indispensable de una vida esencialmente salvaje.

Así es cómo, á menudo, en sus paseos matutinos por el bosque, veíasela inclinarse á su paso sobre una flor, sobre un objeto cualquiera, vulgar é insignificante al parecer, detenerse delante de él y demostrar á Huincahual con explicaciones ingenuas la grandeza y sabiduría del Creador, que así podía regir con leyes armónicas y precisas el maravilloso concierto del universo...

Los fenómenos más importantes, como los detalles más nimios, aparecían siempre á su criterio con una razón de ser absoluta, definida, constante, y que ella, dedicada por completo á una forzosa y perseverante observación, quedaba en el caso de apreciar mejor que otro cualquiera...

Por eso cuando los ojos de María admiraban delante del indio el encarnado brote de una murta ó de un copigüe, lo que hería más su atención era la fuerza de la obra

oculta y desconocida que sabía dirigir la existencia de la planta, escogiendo para ella en el aire, en la tierra y en el agua las sustancias indispensables á su desarrollo.

Y esa misma fuerza misteriosa é irresistible se encontraba también, con influencia contraria, en el rayo destructor que incendiaba los pinos más robustos de la selva y en el eco del trueno que espantaba á los indios y ponía el terror y la superstición en su alma, cuando aun María misma se sentía estremecer bajo el estallido formidable de alguna tempestad cercana.

Entonces juzgaba la joven pensadora que aquel tallo delicado y esbelto, aquellos matices vivos, aterciopelados, imborrables, imposibles de ser imitados en su asombrosa perfección por la mano del hombre, habían de ser necesariamente la obra de ese Ser, infinitamente superior y poderoso, creador supremo de la fuerza capaz á un tiempo de dar impulso al elemento de la vida y

á la acción destructora de la muerte.....

El indio se esforzaba también por comprenderlo así. El Pillán era, á no dudarlo, el Hacedor supremo; pero ¿cómo transmitirle la fe en un Ser único, *dividido* (según su expresión) en tres personas distintas y formadas sin embargo por una sola y misma esencia?

.

Durante largo tiempo sus esfuerzos en el sentido de obtener que Huincahual se bautizase é hiciese cristiano fueron inútiles. Costaba trabajo al indio convencerse de la existencia de un hijo de Dios; repugnábanle los pasajes de la Religión que su limitada inteligencia comprendía en toda la materialidad de la forma con que María revestía sus pacientes explicaciones, y rechazaba, por fin, la creencia en la venida de un Salvador del mundo, sacrificado por el bien de otros *huincas* aun más feroces que aquellos á quienes hasta entonces había aborrecido...

¡Pobre María! En su fervor por hacer penetrar en el alma del salvaje el significado del drama grandioso del Calvario, se enredaba y perdía en sus propios argumentos, sin saber ¡ay! que otros profesores, mucho más sabios y elocuentes que ella, si bien no menos pacientes y sinceros, habían fracasado ya cien veces en la misma dificultad y en idénticas circunstancias.

¡Quién hubiera dicho entonces á la pobre niña que el martirio de millares de misioneros cristianos, más nobles por cierto que los de la tradición de los Peñi-Epatunes, había sido ya y debía continuar siendo en adelante, al través de los siglos, el fruto fatal de tan heroico cuanto estéril intento!...

Las oraciones, sin embargo, fuéronle enseñadas con facilidad; de suerte que á menudo, en compañía de la joven, solía repetir, con fervor y respeto :

— *Inchi in ta in chao, huenuneuta mileimi*
(Padre nuestro que estáis en los cielos)...

ubchihue pe tami igri (sea reverenciado tu nombre, etc.), hasta el fin...

Dios era siempre el *Pillán*; el *Cielo* la cumbre más elevada de la Cordillera, el punto por donde salía el sol; la luna era una divinidad que imperaba sobre los tiempos, y apenas si el terror por el Peuquén y la creencia en el influjo del vuelo de las aves ó las enfermedades de las bestias sobre los destinos humanos, quedaron un tanto disipados por la sangre fría y tranquila confianza (juzgadas á veces hasta de temerarias por los indios) con que la cautiva solía burlarse de sus supersticiones, desafiando personalmente y en su presencia los supuestos peligros, con gran preocupación de Huincahual, como se verá más adelante.

* * *

El ascendiente que la castellana ejercía,

no obstante, sobre el indio no había podido, como se comprenderá, ser mirado con indiferencia por las otras mujeres.

Desde el día mismo en que el Toquí, aprovechándose de la ceremonia de su advenimiento, proclamó en alta voz á Mariña como « su esposa predilecta », el demonio de la envidia y de los celos se encendió en el corazón de las rivales, que desde ese momento juraron en silencio un odio mortal y terrible á la extranjera huinca.

Una de ellas sobre todo, Nalcú, á quien en cierta ocasión arrebató Huincahual para ofrecerlo á María un collar de chaquiras, que le había sido traído por un indio, su hermano, de cierta granjería á las fronteras de los españoles, se había sentido más vivamente excitada por los celos, de modo que en secreto espiaba la ocasión de vengarse de la castellana...

Nalcú era también hermosa, hermosa con la hermosura especial á ciertas tribus del

Arauco, á menudo recordadas por Ercilla y otros autores.

Sus formas eran esbeltas, suaves, moduladas; su estatura elevada, gallarda; su cabellera espesa, su tez cobriza; su busto airoso, libre de opresión de ningún género, suelto, mórbido como el de una Diana de bronce; y en su semblante, un tanto torvo, en su porte un tanto altivo, se admiraba sin embargo aquella gracia perturbadora de la adolescencia en el primoroso instante de su paso hacia la juventud.

Hija de las selvas, su salvaje desnudez dejaba adivinar al través de su piel tostada la circulación de una savia ardiente y robusta. Sus ojos brillaban con misterioso fuego, y el rojo intenso de sus labios carnosos y ligeramente entreabiertos hacía resaltar el purísimo esmalte de sus dientes, blancos, afilados como los de una loba...

Nalcú era, en efecto, casi una niña. Cuando había contado apenas quince años, Huinca

hual la había escogido por esposa entre muchas otras beldades de su gremio, que tal honor ambicionaban en silencio. Hasta la llegada de la extranjera, Nalcú había sido, por tanto, la preferida. Al verse después relegada á segundo término, su rencor había tomado proporciones terribles.

La fiesta del advenimiento de Huincahual había tenido lugar, sin embargo, sin consecuencias desagradables por esa parte.



El hijo de María tenía ya dos años ; pobre pequeñuelo !... y empezaba á balbucear algunas frases que ella procuraba fuesen siempre encaminadas al conocimiento de Dios y de la patria de los españoles...

De suerte que podía considerársela empeñada en una tarea de doble madre, por decirlo así.

Á más de enseñar al indio á rezar, la joven enseñábele también á leer en un libro que por casualidad poseía y que le había sido traído de un asalto á las nuevas colonias españolas, junto con un arpa y una flauta que ella supo aprovechar para el mejor logro de su objeto.

En efecto, nada había que impresionase tanto á los bárbaros como la música de Mariña, música desconocida hasta entonces por ellos y, por lo mismo, reputada de maravillosa ó divina.

Á veces por las tardes solía la joven reunir á unos cuantos salvajes en torno de su ruca y allí en su presencia arrancaba al instrumento algunas notas fugaces que acompañaba con el eco leve de su voz de niña, suave, pura, como la vibración de las mismas cuerdas que pulsaba...

No pronunciaba palabras al cantar, que tampoco las necesitaba la canción, cuya letra elocuente y expresiva era en aquel momento el gorjeo de las aves y el murmullo de las hojas sacudidas por la brisa, rumorosas, agitadas, como si también ellas al escuchar por vez primera la deliciosa melodía se sintieran sobrecogidas de placer y de admiración...

Nació la escuchaba siempre y sentía acrecentarse sus celos, celos por María, ¡celos por el instrumento mismo, que así cautivaba la atención de Huincahual !...

En muchas ocasiones, para vengarse, intentó robárselo, pero sin lograr su objeto. En otras, quería probar delante de los demás que también era ella capaz de manejarlo y de arrancarle dulces sonidos.

María accedía entonces sonriendo á su pedido. El arpa pasaba á manos de la india, que, al pulsar sus cuerdas en un acceso de rabioso despecho, las hacía vibrar, pero

vibrar con una nota estridente y salvaje, aguda ó bronca; descompuesta, desacorde, como un aullido...

* * *

Á pesar de todas estas circunstancias, María amaba ya el bosque y el río y la montaña...

Amaba sobre todo la llanura, el espacio, que le recordaban quizás su libertad perdida.

Sin que se diera de ello cuenta, su existencia entre los indios la iba acostumbrando más y más á la vida salvaje.

Por una parte sus esfuerzos por dar á aquellos infelices, y en especial á Huincahual, algo de su propia inteligencia, transmitiéndoles como en heroica transfusión de sangre un aliento de su propio ser, no ha-

cían sino debilitar aún sus facultades morales, como si en la ruda y abrumadora labor le hubiese sido forzoso ir abandonando pedazos de su misma alma...

El continuo roce con los bárbaros no podía, en efecto, menos que contagiarla, transformarla al fin, de modo que, impregnándose, por decirlo así, poco á poco de aquella atmósfera de barbarie que constantemente la rodeaba, su inteligencia se atrofiaba, y, oscurecidos sus sentimientos, embotada más y más su razón, se iba convirtiendo lentamente y sin saberlo en una especie de india, medio salvaje también.

Le había acontecido en ocasiones sentirse poseída de un violento é inexplicable furor de independenciam. Con su salud renacía su vigor físico y se borraban paulatinamente sus recuerdos del pasado, sus pesares y afeciones...

Por eso más de una vez, cuando hallándose sentada á la puerta de su ruca tejiendo

un poncho ó remendando una huaralca, acertaba Huincahual á pasar por enfrente, montado sobre un potro montaraz en dirección á la cacería, se sentía súbitamente poseída de un arranque irresistible que la hacía precipitarse afuera, sobre el camino, y encaramarse de un salto á la grupa del fogoso bruto...

Y entonces gritaba : ¡upa ! y el corcel arrancaba piafando por el llano, salpicando con la espuma de su hocico el rostro de los dos jinetes, mientras ellos, la melena al viento, la respiración contenida, se dejaban llevar escuchando el ruido de los cascos y el gemido de los ijares de la bestia... Había sin duda algo de voluptuoso en esa carrera insensata : algo como una sensación de ansiedad que era una verdadera fruición ; sensación indefinible producida por la rapidez vertiginosa de la carrera... El viento azotaba sus rostros y desplegaba, como un penacho, su cabellera deshecha, sujeta apenas

á la altura de la frente por un ligero *trari-lonco*.

¡Una verdadera Amazona de orillas del Lauquén á la grupa de un Mazeppa salvaje !...

* * *

En otras ocasiones, sin embargo, una reacción distinta parecía producirse en el alma de la huérfana...

Ciertas manifestaciones serenas de la naturaleza en calma solían, especialmente, determinar acción contraria sobre sus sentidos.

Á veces, por ejemplo, durante las noches de algún plenilunio estival, acertaba á alejarse con el indio, apartándose un buen trecho de la ruca, y quedábase horas enteras contemplanado inconsciente la bóveda celeste

tachonada de estrellas. La luz plácida de la luna la acariciaba, iluminándolo todo dulcemente bajo la apacibilidad de una atmósfera suave y refrescante. El influjo moderador de aquel ambiente los dominaba, sin duda, entonces á ambos, porque hasta el indio se volvía pensativo y María se sentía como invadida por una suave morbidez, mezclada de tristeza que parecía penetrar todo su ser...

En muchas ocasiones, sin embargo, había vuelto á dominarla durante algunas horas el recuerdo de Gil Rodríguez, el novio de otro tiempo, perdido ya irremediabilmente para ella, como si la muerte misma le hubiera arrebatado su cariño...

Con motivo de tales ideas, solía entregarse á meditaciones profundas que parecían devolverle en parte sus antiguos sentimientos y su facultad de discurrir sobre las cosas que habían tenido relación con su vida de mujer civilizada... Pero ¡ay! la conclu-

sión era siempre la misma : aun en el caso de haber podido huir, abandonando un día el tantas veces maldecido cautiverio, ¿cómo presentarse en medio de los suyos con el estigma odioso de su terrible pasado?

— ¡Pobre Gil! exclamaba entonces para sí en un arranque de ternura que ya iba borrándose del todo, ¿conservarás aún en el alma el recuerdo de María?... ¿sabrás acaso y por ventura que ella te perteneció toda entera mientras existió inmaculada su pureza? ;Pero desde que el lodo de la infamia manchó para siempre el cuerpo de la cautiva, su alma herida también de muerte concluyó por perecer, muriendo para ti como murió para sus semejantes !

La española inclinaba después la cabeza y permanecía como abstraída. Pero al darse cuenta del sitio en donde se encontraba, hacía un esfuerzo por recuperar el dominio de sí misma. Con un pretexto cualquiera, dirigía la palabra al indio interrogándole ya

sobre sus ideas sobre el cielo y los astros, ya sobre un punto relacionado con su vida.

Y siempre encontraba materia de conversación. Las estrellas eran para él motivo de mil supersticiones y leyendas heredadas de sus antepasados. La Vía láctea era el *rupu epeun*, en donde moraban genios y divinidades inferiores¹; la Cruz del Sur, el *melipal*, y el lucero del alba, el *hunelvoe*, que Huincahual comparaba á los « ojos de Mariña ».

1. *Moilén*, un dios del bien. *Güecubú*, otro genio del mal. *Epanomén*, dios de la guerra.

IX

LA SELVA MISTERIOSA

El aventurero explorador que, llevado de su curiosidad, hubiese logrado internarse suficientemente en el seno de una de las vastas selvas encerradas en los dominios del Toquí de los Huiliches, habríase sorprendido, durante los dos años que siguieron al naufragio del barco español, de escuchar en medio del silencio el ruido sordo de un martilleo lejano que, repitiéndose de eco en eco, iba á repercutir entre las soledades misteriosas del frondoso bosque...

Los indios que por allí habían tenido ocasión de circular en altas horas de la noche contaban que los seres invisibles que moraban en la selva eran hijos del Peuquén. Unos habían huído, por tanto, espantados; otros juraban que el Cai-Cai-Vilú habría de volver en breve á la montaña.

Pero algunos que, como la joven Nalcú, eran, por lo visto, menos medrosos solían á veces aventurarse solapadamente por aquellos escondrijos, quedándose en ocasiones horas enteras como perdidos en medio de la espesura, dando con ello á entender que algo no tan sobrehumano motivaba el retumbante martilleo.

Y ya que una débil mujer como la segunda esposa del soberano de los Huiliches, de ordinario apegada á las rancias supersticiones de su raza, no vacilaba en repetir (aunque con sigilo evidente, como queda dicho) sus visitas á la selva, la voz comenzó á cundir entre las demás mujeres de los toldos que

la mano de la hermosa desdeñada habría de andar en el asunto:

Sea de ello lo que fuere, la verdad es que sólo Curiñanco y alguno de los suyos se atrevían á desafiar descaradamente al genio del mal, encaminándose de frente hacia las profundidades de la espesura, llevando á menudo bajo los pliegues de sus chamales sacos de provisiones y objetos varios de utilidad doméstica.

Y hasta el mismo Huincahual se había dirigido á las misteriosas soledades, cuyo acceso se hallaba generalmente vedado á la mayoría de sus súbditos. Había alcanzado hasta allí y regresado á veces muy tarde á la ruca...

Al verle ausentarse así, María habíale preguntado:

— ¿Qué vas á hacer allá, huenthu, y por qué no me has llevado jamás contigo?

Y entonces el indio había fruncido el ceño con gravedad y exclamado con imperio:

— ¡Á la selva del Poniente, Mariña, escúchalo bien, no irás nunca, si no quieres arrostrar la ira de tu esposo!

Y como la niña suponía que el temor del influjo del Peuquén sería la causa de tal precaución, se contentaba con encoger los hombros con desdén y sonreír compasivamente, convencida de que sus esfuerzos por quitar la superstición del alma del salvaje habrían sido aún del todo impotentes.

Algo extraordinario sucedía, sin embargo, en el fondo de la selva. Al decir de alguno que otro indio, habían solido escucharse de cuando en cuando, mezclados al ruido del extraño martilleo, quejidos y lamentos humanos; palabras de un idioma extranjero y voces ásperas de cólera ó de despecho, que debían ser causadas por un furor impotente ó por una desesperación sin alivio...

El ruido del martilleo parecía indicar que los seres sobrenaturales que lo producían trabajaban noche y día en derribar con

hacha árboles corpulentos; lo que por cierto acentuaba la idea de que el Peuquén había sentado definitivamente sus reales en los alrededores.

Este estado de cosas continuó durante largo tiempo.

*
* *

El *ucán* (verano) del año que entonces iba en curso había terminado ya. El invierno llegó por fin, con el *inathor-cuyen* (mes de la espuma).

Hasta entonces, como en los años anteriores, las cosechas, durante los meses « del maíz », « de las frutas » y « de la flor del rímu »; las cacerías en la selva; las provisiones para el invierno; los consejos de guerra (con motivo de los cuales enormes fogatas

encendidas en las cumbres de los cerros habían reunido ya tres veces consecutivas á los otros Toquís de las comarcas amigas), ocuparon por completo la vida de los indios.

Á veces solía María salir á vaquear á la montaña con Huincahual y sus mujeres.

Nalcú les acompañaba también entonces, pero casi siempre á distancia, quedándose de cuando en cuando atrás, ya extraviándose en dirección á la selva misteriosa, ya pretextando un baño en los esteros de su paso.

Pero si bien Nalcú, como todas las mujeres de su raza, gustaba del agua clara y de las abluciones en los lagos y los ríos, el que hubiera podido observarla atentamente en aquellos momentos, mientras, aprovechándose de la distracción de los demás, se apartaba furtivamente á lo lejos perdiéndose entre los senderos y la espesura del bosque, habría adquirido el convencimiento de que la india gustaba más aún de la herborización y del examen de plantas desconocidas. Por

eso, sin duda alguna, solía de trecho en trecho detenerse é inclinarse para coger algún vegetal raro, que, escondido, crecía entre la hierba ó la maleza...

Observábalo con cuidado algunos instantes, y, arrancándolo después, machacaba su tallo entre dos piedras de río que sacaba con misterio de un bolsillo cuidadosamente disimulado entre los pliegues de su huaralca. En seguida desprendía del cuello un collar compuesto de infinidad de cuentas de vidrio, *llancras*, y dedales de plomo ensartados en desorden, y, acercando uno de estos últimos á las piedras, teñidas y humedecidas por las hojas machacadas, vaciaba precipitadamente dentro de la diminuta concavidad una parte del jugo obtenido.

Casi siempre era éste de un color rojo oscuro ó verdoso...

María, entre tanto, seguía adelante con el indio por el rústico sendero, deteniéndose á menudo en presencia de aquello que más

hería su atención y como esforzándose aún por hallar en las lecciones que la sabia naturaleza le ofrecía á cada paso algún entretenimiento para su inteligencia debilitada. El curso del sol, los aspectos del cielo, las costumbres de las aves, la caída de las hojas de los árboles y su renacimiento á la vida en la estación futura; todo aquello, en fin, que hasta entonces le había servido para demostrar á Huincahual la existencia del verdadero Dios creador en la infinita sabiduría y majestad de sus obras, parecía, en esos momentos, salirle al encuentro invitándola una vez más á la última prueba...

¡Pero todo inútil! que ni ella era elocuente ya, ni el indio llegaba á comprenderla del todo, y si bien solía éste en ocasiones dar señales de emoción ante el espectáculo grandioso de una puesta de sol tras de la selva secular, ó el estremecimiento súbito de la tierra en alguno de los sacudimientos peculiares de aquella zona volcánica, no lo-

graba la niña apartar de su mente la idea de que ese mismo sol era una divinidad y el espacio su reino inmenso.

Los estremecimientos de la tierra eran para él un efecto de colisión entre los rayos del astro del día y los fuegos subterráneos del Volcán.

X

¡ÚLTIMO RAYO!

Hacia el fin del *Cogi-cuyen* (el mes de la cosecha), durante una tarde ya fría y nebulosa, cayó la primera lluvia de la estación, que daba así indicios de comenzar sus rigores.

Los indios la celebraron con danzas y fiestas, aguardiente y lumbre...

María se encontraba en esos momentos fuera de la gruta. La caída del agua la hizo apresurarse á volver. Huincahual se hallaba ausente.

La joven pareció **también** sentir en su organismo la influencia del **cambio**.

Desde su choza miraba caer el **aluvión**. La frescura y la humedad parecían **hacer** bien á sus sentidos, cada día más entorpecidos por aquella atmósfera de salvajez, inacción é indolencia propias de una vida esencialmente animal y subordinada por lo mismo en todo á los caprichos de la naturaleza y á las necesidades de la existencia material.

Con los ojos fijos en el panorama, la niña observaba cómo la lluvia, desprendiéndose en torrentes, regaba los árboles y las plantas, humedeciendo más y más la verdura de los prados...

El agua cesó casi bruscamente un momento después...

Y entonces, ¡cuán hermoso se presentó á su vista el paisaje, que se aclaró por encanto!... ¡Cuánta vida en él, cuánta riqueza, cuánta alegría!...

Brillaban como puntos de cristal los átomos de agua suspendidos al borde de las hojas permanentes de los lingües, arrayanes y laureles... Como á ella, la frescura parecía también hacer bien á los árboles y á las flores; reanimarlos y volverlos á la vida, á la vez que los destellos de la luz del sol, que penetraba un instante por entre el espacio azul dejado por dos girones de nubes pasajeras, los ataviaba con tintes de fuego, chispeantes como pedrerías...

Cada gota que se desprendía parecía un diamante de inmaculada y azulada limpidez, semejante á los que había entrevisto en sus sueños de juventud y de grandezas. El soplo de la brisa era una melodía, las nubes espumas, y las aguas del lago claros espejos, de aquellos en que solía mirarse allá en los tiempos de su deliciosa libertad, cuando aun era niña y vivía entre hombres civilizados, sus iguales...

Entonces la cautiva tuvo como una visión

del pasado feliz, una visión que pareció iluminar súbitamente sus recuerdos, y dos lágrimas se desprendieron de sus ojos rodando silenciosas por las mejillas...

Pero ¡ay! ¡que no era ello más que un lampo de luz, fugaz como un meteoro!... Éste, como aquélla, no debía durar, por tanto, más que lo que duraba el rayo de sol que los alentaba á ambos.

.

El horizonte y el cielo comenzaron de nuevo á oscurecerse; zumbó el viento, el trueno se anunció á lo lejos con un rugido; el ave huyó espantada; murió en torno toda claridad; y entonces el llano y el árbol, el río y el monte, la flor y la pradera, todo palideció revistiéndose de tristeza y luto...

Y sin darse cuenta del por qué, como sorprendiéndose á sí misma, María volvió la vista en torno de su miserable habitación, y al ver sus pellones, sus trastajos miserables y el lecho desabrigado, duro, desnudo,

de seguro frío, en que reposaba el hijo de sus entrañas, como hijuelo de huanaco ó chilihueque, la pobre niña sonrió con una sonrisa extraña y vaga, sin expresión definida, casi indiferente, y sintió que el luto llegaba también hasta su alma, invadida de súbito por la más negra y amarga tristeza..

* *
* *

Toda esa noche llovió copiosamente. Ruidosos truenos estremecieron el valle con la detonación formidable de sus descargas que, repercutiendo de montaña en montaña, parecían repetirse sin cesar...

De cuando en cuando el fulgor de un relámpago iluminaba los campos con resplandor vívido y fugaz...

María se sintió súbitamente mala.

Durante toda la tarde ideas tristes habían preocupado su mente, y en ese instante mil presentimientos funestos contraían su corazón, que por momentos parecía latir con la más inusitada violencia sofocándola en medio de una ansiedad inexplicable que correspondía al estado general de agitación en que se encontraba todo su ser...

¿Existen por ventura esos casos de inquietud nerviosa é inconsciente, de amargos presentimientos, de tristezas invencibles, alimentados en la ocasión por el estado excitante de una atmósfera cargada de electricidad?...

Se asegura que hasta las constituciones más sólidas se hallan sujetas á influencias semejantes, y por eso, sin duda, se ha creído interpretar un verdadero fenómeno fisiológico del organismo humano, haciendo ver que los dramas más terribles tienen su desarrollo generalmente durante las horas de tempestad...

Y aun se pretende que existe un instante, un instante especial propio para favorecer los instintos feroces del hombre é impulsar á la consumación del crimen por medio de la exaltación de las pasiones vehementes y bastardas que casi siempre son su origen...

Pero aunque tal no fuese el caso de María, ésa, precisamente ésa, debía de ser la hora, aquella noche, durante la cual la cautiva, sobresaltada, inquieta, sentía mugir el viento fuera de la ruca, mientras con el oído atento al menor ruido que viniese del exterior, creía escuchar en medio de la lluvia y la tempestad el eco de pasos misteriosos que se aproximaban á la entrada...

Huincahual dormía profundamente, entre tanto. En varias ocasiones la esposa intentó despertarlo para hacerlo participe de sus temores; pero ;cosa extraña!... una fuerza irresistible y desconocida pareció atar entonces su lengua, paralizándole la voz en la garganta. Al mismo tiempo, una especie de

sopor, mezcla de aturdimiento y de pesadez, comenzó á apoderarse de sus sentidos, embotándolos casi del todo y quitándoles poco á poco el poder de discurrir y de darse cuenta de los hechos; un velo turbio empañó casi al mismo tiempo ante su vista las imágenes, que á la claridad de la lumbre perdieron para ella la precisión de líneas y detalles...

La cautiva quiso de pronto gritar; ;pero inútilmente! No sólo no le fué posible articular la menor palabra, sino que, al pretender esforzar la voz, produjo sólo un sonido ronco, gutural, interno como un sollozo, voz de angustia que en ning' n caso habría bastado para interrumpir el sueño intenso del Huiliche, cuyo ronquido profundo se mezclaba sordamente al eco del trueno y al silbido horroroso del viento.

.....
¿Cuanto tiempo transcurrió así?

Imposible sería precisarlo. Sólo sabría

decirse que, en medio de las visiones confusas que durante varios instantes pasaron por la mente de la enferma, presa de un sopor semejante al que produce un narcótico poderoso, surgieron al frente, ante su vista, de pie sobre la entrada de la choza, las formas fantásticas de un hombre y de una mujer.

Después de detenerse un segundo allí, esas formas comenzaron á avanzar lenta y cautelosamente en dirección al lecho de la aletargada, y una vez que estuvieron frente al foco de la lumbre que aun ardía chisporroteando bajo una abertura del techo de la gruta, el fulgor ya moribundo de sus ascuas proyectó sobre el muro sus sombras gigantescas.

Las formas dieron aún dos pasos, y llegando por fin hasta la cama de totoras que servía de lecho á la cautiva, la del hombre se inclinó pesadamente sobre él...

De estatura elevada, de rostro demacrado

y revestido de una expresión de profunda ansiedad, era ese hombre la imagen viva del sufrimiento y de la miseria... Su cuerpo, seco y enjuto, se veía casi desnudo : algunos toscos andrajos ceñían su cintura, mientras otros le cubrían á medias las espaldas, pendiendo desde los hombros en deshechos girones que, empapados por el agua de la lluvia, humeaban al calor de los miembros, visiblemente fatigados por una larga carrera...

El cabello estaba en completo desorden, y los pies y los brazos, desnudos, revelaban como las facciones á la luz de la lumbre que la piel de ese cuerpo era blanca y distinta de la de los indios de la comarca...

María, al sentir junto á su frente el hábito tibio de aquella boca que se inclinaba casi hasta rozarla con sus labios, hizo un esfuerzo sobrehumano y abrió desmesuradamente los ojos... Al querer lanzar de nuevo un grito, grito instintivo de horror.

de estupefacción y de sorpresa, su voz, como en la ocasión anterior, quedó ahogada por la misma fuerza irresistible que en el fondo de su garganta sofocó la sílaba de un nombre...

Pero en cambio, otra voz, una voz conocida y distinta pareció resonar al mismo tiempo en su oído: voz querida, que murmuraba en español:

— ¡Es ella!

En esos momentos la otra sombra, la sombra de la mujer, como recatándose de su vecina y aprovenchándose de su distracción, se acercó misteriosamente hacia la cuna de pellones en que dormía en dulce sueño el pequeñuelo de María.

La cautiva no pudo darse cuenta de lo que sucedió allí.

Sin embargo, durante toda la escena, hubo algo en su mente que mantuvo medio despierto el conocimiento de las cosas reales; porque, á pesar de su sopor inven-

cible, creyó escuchar claramente el siguiente diálogo, entablado en baja voz y en idioma araucano entre las dos apariciones :

— ¿Estáis segura de que el narcótico es eficaz?

— Eficacísimo.

— ¿Y ambos dormirán hasta mañana?

— Hasta mañana, sin duda.

— ¿Insistís en creer que no habría posibilidad de dar el golpe inmediatamente?

— Sería arriesgadísimo intentarlo, y comprometeríais inútilmente el éxito definitivo. Cien indios velan aún, escuchando la tormenta á las puertas de sus rucas.

— ¿Habéis enviado mi despacho á la frontera?

— Está ya en poder de los vuestros.

— Juradme una vez más que puedo contar con vos sin el menor temor.

— Va en ello mi venganza.

— Sabéis que el compromiso es formal y que solamente el Huiliche, que os ha des-

deñado, caerá bajo el golpe. La mujer es mía...

— ¡La tendréis seguramente! concluyó la última voz, con entonación diabólica que hizo estremecer en medio de su sueño el corazón de la cautiva.

El fantasma del hombre volvió á inclinarse sobre el lecho, y apartándose en seguida en dirección hacia la entrada, ambas visiones desaparecieron rápidamente por entre el claro de la puerta que, al abrirse un instante á su paso, dejó penetrar una bocanada de aire frío y húmedo de tempestad, que heló el rostro de la joven rozándole como con un hálito de muerte.

* * *

Un sopor aun más intenso, pesado, fati-

gante, apoderóse después de la aletargada, que, sin darse cuenta de lo que le sucedía, se sintió incesantemente agitada por sueños incoherentes.

La continuidad de la visión primera la atormentó especialmente durante largas horas de horrible pesadilla...

Le parecía ver aún delante de su lecho la figura del hombre blanco, que con los brazos extendidos hacia ella y sin cuidarse del riesgo que de seguro correría si era sorprendido allí, la llamaba con angustioso afán.

—¡Ven, le gritaba; ven, María! Después de seis años de ausencia mortal, vuelvo á encontrarte, por fin. ¡Ven, huyamos! Cincuenta de nuestros hermanos nos aguardan en la espesura, listos á venir á socorrernos á la menor señal. No hay tiempo que perder. El indio duerme profundamente y no despertará hasta mañana. ¡Tu vida y la mía están en juego!...

Pero ella no podía seguirle; sus miembros

estaban paralizados, su lengua se resistía á articular palabras, como si su ser entero se sintiese enclavado en la inercia mortal de una catalepsia sin fin.

Al verla así, el angustiado amante se desesperaba á su vez en repetidos esfuerzos para hacerse comprender... pero... ¡ay, inútilmente!

El tiempo volaba, entre tanto : iba ya á amanecer y el Huilicbe á despertarse quizás de repente..

Horrible era la lucha que en esos instantes sostenía consigo misma el alma de la española. Por un lado, su amante : ¡huir con él, volver al seno de los suyos ; ver de nuevo la luz de la civilización ; recuperar una libertad tantas veces llorada !...

Pero al llegar á este punto la escena parecía cambiar de repente. María hacía otro esfuerzo supremo, y lograba articular algunas palabras... El amante se apoderaba de ella entonces, pero de ella sola : el hijo del odia-

do Huincahual quedábase en la gruta; el hijo de sus entrañas, que desde lejos la llamaba *¡mami, mami!* agitando sus manecitas en la cuna de totoras y gritando cada vez con mayor desesperación : *¡mami, mami!*

Y así por este estilo, durante horas mortales de lucha, la aletargada continuó aún viendo visiones, escuchando súplicas, concibiendo razonamientos interminables, con la agitación febril y extenuadora de un cerebro en ebullición permanente. Huincahual, Gil Rodríguez, su difunto hermano Julián, el barco español naufragado; las picas de los indios, los yelmos y las corazas de los castellanos; el volcán de Villa-Rica, las cimas de las Cordilleras con sus riscos y despeñaderos terribles; el Océano, el torrente, aparecieron en informe confusión de imágenes, en vertiginosa sucesión de ideas que determinaron una pesadilla abrumadora que duró la noche entera y continuó aún al rayar de la mañana...

Al amanecer del día siguiente, María y Huincahual dormían aún con pesado sueño. Todo en la gruta estaba en su lugar.

Solamente el lecho del hijo de la cautiva parecía haber sido removido...

Una india que entró en el aposento observó que los pellones estaban tirados por el suelo en desorden y confusión...

Acercóse, curiosa, hasta él para cerciorarse de la causa...

¡El lecho estaba vacío !...

XI

EL MACHITÚN

María y Huincahual permanecieron durante toda esa mañana tendidos sobre sus pellones, aletargados y sin conocimiento.

Pero hacia el caer de la tarde, el indio se despertó de su profundo sueño. Su semblante denotaba una palidez descompuesta.

Al ver que María no daba señales de vida y que su hijo había desaparecido, su dolor no tuvo límites.

Pero los arranques primeros de desesperación duraron sólo un momento. Presa después de ciego furor, amenazó de muerte á

cuantos le rodeaban, si no descubrían en el acto al culpable del crimen.

Los indios, apegados á sus añejas supersticiones, creyeron en una influencia ejercida por el genio del mal...

Sabido es que entre ellos todo hombre ó mujer que enferma y muere antes de la edad madura ó la vejez es considerado por los demás como *hechizado* por el demonio ó envenenado por alguno de sus semejantes.

Y en tal circunstancia se procede á la cabecera del lecho del enfermo á la ceremonia del *machitùn*, que es una especie de exorcismo ó juicio ante Dios, con el propósito de curar el mal y descubrir el origen del hechizo.

El caso de María daba, por tanto, lugar á que se pusiera en ejecución la sagrada costumbre de los aráucanos, con tanta mayor solemnidad cuanto que se trataba de la esposa del Toquí.

Los toldos estaban tristes. Las danzas se

habían suspendido, y los indios, cabizbajos y silenciosos, cruzaban por entre las chozas interrogándose con ansiedad.

María permanecía dentro de la ruca, recostada sobre el lecho, pálida y ojerosa, la cabeza medio desfallecida y reclinada entre pellones.

Huincahual, á pesar de su fatiga, velaba á la cabecera.

En esos momentos, por sobre el techo de la ruca, pasó un ave graznando.

El indio se estremeció. El graznido, en tales circunstancias, era para él una señal de mal agüero.

.

Casi en el mismo instante se abrió bruscamente la puerta de la gruta y un salvaje de baja estatura y rostro horrible apareció en el umbral...

Era un *Dungube*, un adivino ó hechicero mandado buscar por Huincahual á la tribu vecina de Boroa, con el objeto de que veri-

licase el *machitún*, después de hacer el vaticinio requerido y designar al culpable autor del maleficio...

Á pesar de que los indios de la tribu de Boroa son generalmente hermosos, blancos y rubios, por considerárseles de origen europeo, el dungube era feo, pero, con una fealdad ciclópea. Á haber vivido en otro medio y otra época, en el siglo de Quasimodo, por ejemplo, la muchedumbre alborotada de la gran sala del Palacio de Justicia le hubiera proclamado con ventaja *papa* en la fiestas de los locos y las fealdades.

Pequeño, redondo, su cuerpo era chato y su cara aplastada. Dos inmensos juanetes le cuadabran el rostro, rostro de tinte cobrizo oscuro; su mirada era feroz; sus narices romas, su boca inmensa y sus cabellos largos, toscos y desgredados.

Después de conferenciar un momento con Huincahual, dirigióse á la enferma, y, como si ella pudiera comprenderle, le dijo:

— Huinca, por orden de vuestro amo voy á proceder al juicio sagrado del *machitún*, para sacaros con bien de este mal y descubrir al culpable que os tiene envenenada.

Al oír esta palabra, que el adivino había pronunciado con énfasis, María, como volviendo bruscamente en sí, lanzó un grito y se incorporó en el lecho.

— ¡Envenenada ! gritó. ¡ Ah sí.... ahora lo comprendo todo !... ¡ Es ella !... ¡ Mi hijo !... exclamó con un gemido.

Pero Huincahual no la había comprendido. En ese mismo instante, abrían ya la puerta de la ruca y entraban por ella desfilando en no interrumpida procesión los concurrentes al juicio del dungube.

Lo inoportuno y terrible del aparato desplegado conmovió, sin duda, á la joven, que en vano intentó explicar á Huincahual con argumentos aun inteligibles la inutilidad de tan loca ceremonia.

El instinto de conservación parecía devol-

verle en esos instantes parte de sus facultades con un vago recuerdo de su extraño sueño, de suerte que entreviendo la urgente necesidad de acudir con presteza á la ciencia de algún *machi* (médico) para detener los efectos del veneno, lo hacía así presente a Huincahual. Pensaba, y con razón, que, conocedores éstos de las hierbas ponzoñosas de la selva y la montaña, les sería fácil dar con el contraveneno que bastara á contrarrestar los efectos del tósigo empleado por la mano traidora que había logrado administrarlo...

Pero sus ruegos fueron inútiles. ¡Ay! ¡inútiles habían sido también (claramente lo veía en tan angustiosos momentos) sus afanes de dos años para regenerar y civilizar aquella naturaleza inculta, vuelta súbitamente, por un acceso de temor y de superstición, á su índole primitiva y salvaje!...

¡María pensó entonces que más valía morir cuanto antes, sin esperanzas ya de lo-

grar su objeto ! Y arrojándose de nuevo desfallecida sobre su lecho de pellones, se dejó convertir, sin resistencia, en complaciente objeto de aquella odiosa y cruel representación fantasmagórica.

.

A medida que fueron entrando, los indios fueron rodeando el lecho de la enferma, extendiéndose á lo largo de los muros de la habitación y entonando una canción triste y lastimera : unos lloraban, otros ejecutaban las órdenes del dungube á medida que les iban siendo indicadas.

El lecho de María quedaba en una semi-oscuridad, hacia el fondo de la pieza ; Huincahual de pie á su lado presidía grave y silencioso.

Después de algunos momentos de llanto y de gemidos, durante los cuales se ordenaron los concurrentes en torno de la enferma, el silencio se hizo general.

Dos indios aparecieron entonces trayendo

sobre sus hombros unos ramos frondosos de canelo, que depositaron sobre el suelo, y atándolos fuertemente contra un garrote colocaron sobre el extremo una *quita* de tabaco, que encendieron en seguida.

La *quita* sirvió, por tanto, de antorcha á cuyo vívido resplandor se iluminó la habitación entera...

Los indios que hacían de oficiantes en la ceremonia aproximáronse incontinenti, y arrancando al canelo unas cuantas ramas, las quemaron en la lumbre zahumando con ellas el cuerpo de la enferma...

Terminada esta operación aparecieron otros dos indios que traían ligado de las cuatro patas un chilihueque negro y corpulento.

Tendiéronlo en el suelo, y avanzando el dungube, después de hacer un sinnúmero de contorsiones horribles con gritos descompasados, le abrió de una cuchillada el vientre y la garganta...

El animal gimió con un gemido breve,

sofocado, y la sangre comenzó á brotar á borbotones por la herida.....

El «sacrificio» quedaba hecho. El exorcismo comenzaba.

Huincahual, primero, sus parientes después, comprimieron sucesivamente en las entrañas del chilihueque el corazón aun palpitante, y empapando las manos en la sangre, rociaron con ella el lecho de María...

Terminada esta parte de la ceremonia, restaba aún por ejecutar lo más importante: descubrir al culpable del hechizo ó envenenamiento de la enferma...

El dungube, solemne, terrible, extendió los brazos. Con la diestra arrancó el corazón del chilihueque y comenzó á chuparlo. Á medida que lo hacía, sus sentidos parecían irse poseyendo de una especie de sonambulismo agitado. Sus ojos se cerraban, desplomábasele el cuerpo, y en medio de contorsiones de demoniaco ó epiléptico caía revolcándose por el suelo... .

Ello significaba que el espíritu dañino había pasado del cuerpo de la joven al suyo propio, por intermedio de la sangre del chilhueque.

Después de esta repugnante formalidad, el dungube quedaba ya en estado de contestar á la pregunta terrible...

— ¿Quién es el culpable? exclamó con voz de trueno y en medio de un silencio general Huincahual.

— ¡Una mujer! contestó el dungube.

— ¿Cuál es su nombre? volvió á preguntar con ansiedad el Toquí.

— No está en la habitación, replicó el hechicero...

Todas las miradas se volvieron á un mismo tiempo, como buscando en torno suyo una figura ausente...

Las mujeres de Huincahual se hallaban todas allí... menos una...

— ¡Nalcú! vociferó el Toquí...

Á este nombre, María, como volviendo de

nuevo en sí, se incorporó una vez más en el lecho, pálida como un cadáver, lanzó un grito y volvió á caer inerte sobre el montón de pellones y totoras ..

— ¡Preparad la hoguera! agregó con acento terrible Huincahual. ¡La justicia será hecha inmediatamente!....

Pero los esfuerzos de los indios por hallar á la culpable fueron inútiles. Nalcú había desaparecido, y lo único que, algunas horas más tarde, se encontró, fué el cadáver mutilado de una criatura cuyo cráneo había sido destrozado contra el tronco de un laurel, sobre cuya corteza quedaban aún, como para dar testimonio irrecusable del crimen, algunas manchas de sangre que, salpicándolo en varios puntos distintos, se concentraban especialmente en aquel sobre el cual había debido darse el horroroso golpe...

XII

¡UMAGHN!

Al amanecer del siguiente día, el Toquí de los Huiliches al pie del lecho de una mujer moribunda velaba todavía, apoyado contra el muro de la ruca, con el semblante pálido y desencajado por el dolor y el insomnio.

El veneno que había herido á la víctima debía ser de efecto lento, sin duda, porque la enferma respiraba aún y balbuceaba vagamente algunas palabras...

La lluvia caía afuera á torrentes.

De repente se sintió un estruendo que pareció resonar en la comarca entera...

Huincahual no se movió. .

El ruido volvió á repetirse, y en torno de los toldos se oyó entonces una gritería horrible...

— ¡ El enemigo !...

* * *

Un momento después, una legión enfurecida de castellanos, venidos del otro lado del río y acaudillados por un bravo jefe de caballería, asaltaba estrepitosamente el dominio de los Huiliches.

Durante la oscuridad de la noche, después de haber venido cruzando las aguas de los torrentes, ya á nado, ya en piraguas, ya agarrados á las colas de sus caballos, caían

de sorpresa sobre sus enemigos, como en otra ocasión cayeran éstos sobre los castellanos de la frontera.

Los asaltados no tuvieron siquiera el tiempo de aprestar sus armas para defenderse...

El ataque fué formidable, los sables y los arcabuces del caudillo español hacían horrible estrago entre los Huiliches, descuidados y entregados al luto y al llanto por la agonia de la esposa de su jefe...

* * *

¿Como llegaron los asaltantes hasta la misma ruca de Huincahual? Nadie habria podido dar detalles sobre el punto, en medio de la espantosa confusión del ataque y la defensa.

Pero lo cierto es que hasta allí llegaron, ya que al fin de la refriega, la siguiente escena, desarrollada en los afueras de los toldos, da una idea de lo que ha debido ser la desesperada lucha sostenida por el salvaje esposo de la cautiva castellana contra un grupo desenfrenado de vengadores encabezados por un desesperado amante...

¡Mirad!...

Por la orilla del camino, á lo largo de la selva, chorreando bajo el agua de la lluvia y á carrera tendida van tres caballos...

Humeantes, desbocados, gimen sus ijares bajo el látigo de los jinetes, á la vez que los cascos, libres de toda herradura, parecen tocar apenas el suelo, resonando sordamente sobre la húmeda pradera, rebotando al punto y salpicando el agua de los charcos.

Dos llevan la delantera; el otro parece perseguirles...

En los brazos de uno de los primeros (que parecen ser españoles), arrollada é inerte,

tendida sobre el cuello de la bestia, va una mujer...

Y el jinete que la roba, vuela, vuela como el viento...

Los árboles huyen, las praderas van desapareciendo, las orillas del caudaloso río se aproximan con vertiginosa rapidez...

Y el salvaje de atrás azota más y más con furor su ya extenuada cabalgadura.

Pero ¡ ay ! ¡ se afana en vano ! que más veloz van los de adelante, pues éstos no sólo son los vengadores, sino que, para su bien, calzan lucientes espuelas de Castilla...

Y por eso, aunque el dolor y la ansiedad ¡ parecen darlas también al Huiliche que les sigue, la distancia que les separa se espacia, aumenta gradualmente...

.

El río llega por fin. Los caballos de la delantera se detienen; sus dueños echan rápidamente pie á tierra; una piragua se aproxima; abórdanla los que huyen, arrojándo-

se rápidamente sobre ella con el cuerpo desmayado de la mujer, que llevan en sus brazos.

La piragua se desprende al punto de la orilla, y bajo el impulso vigoroso de los remos de dos hombres que la tripulan y allí han aguardado, se aleja velozmente en dirección á la ribera opuesta, arrastrada río abajo por la corriente bullidora, acrecentada por la lluvia y las avenidas...

Y solamente cuando se divisa ya apenas, á la distancia, como un punto perdido entre las aguas, el jinete de más atrás llega al borde del río...

Pero su caballo no se detiene allí como los otros. Oprimido por el talón robusto de su dueño, se arroja desesperadamente en medio de las aguas turbulentas, contra las cuales lucha algunos instantes, flotando á trechos, hundiéndose después; hasta que, jadeante ya, perdidas sus últimas fuerzas, se sepulta por fin entre torbellinos de espuma,

arrastrando consigo al abismo á su jinete, que, al desaparecér, exclama con voz estridente :

— ¡UMAGHN!

.

*
* *

En ese mismo instante, allá á lo lejos, en medio de lo más caudaloso del río, dentro de la prófuga piragua, ya invisible, expira la mujer...

Al principio, al verla crispase en una última y dolorosa convulsión, los prófugos creen por un momento en los síntomas de un desmayo producido por el terror...

Y entonces, como para reanimarla y volverla á sus sentidos, uno de ellos la sacude bruscamente...

Pero al sentir entre sus brazos aquel cuerpo ya casi rígido, al mirar aquel semblante lívido y desencajado, al ver aquellas pupilas fijas, vidriosas y obstinadamente enclavadas en el fondo de sus órbitas :

— ¡Era ya tarde!... ¡Infame Nalcú!... exclama el mozo en un arranque de dolor.

.

La triple venganza de la india había sido tan miserable como su doble traición.

FIN

ÍNDICE

	Páginas.
DEDICATORIA	v
I — EL ASALTO	1
II — EN LOS TOLDOS	13
III — MALGHÉN.	23
IV — HUENTHU.	41
V — LA TRADICIÓN DE LOS PEÑI-EPATUNES . .	63
VI — BELLEZAS SALVAJES.	79
VII — EN LAS ROCAS DE LA ORILLA	103
VIII — NALCÚ	125
IX — LA SELVA MISTERIOSA	147
X — ¡ ÚLTIMO RAYO!	157
XI — EL MACHITÚN	174
XII — ¡ UMAGHÉN!	187

DEL MISMO AUTOR :

PÁGINAS DE MI DIARIO DE CAMPAÑA, *Recuerdo íntimos de la guerra del Pacífico* (Paris 1886). . . . 4 vol.

DE CASTILLA Á ANDALUCÍA, (París 1886). . . . 1 vol.

